

nuestro, aunque deslustrado de su empirismo sensualista.

Es entonces que aparecen el P. André y Crousaz — que no repitieron las doctrinas platónicas, como pretenden algunos críticos, pues que el idealismo es en ellos casi nulo, abandonando, como lo hacen, el análisis de la idea de belleza en tanto que substancia y concepto abstracto. Todos sus afanes se concretan á examinar la belleza exterior hasta deducir que la unidad, el orden, la proporción y la variedad son sus caracteres constitutivos. Proceden, pues, de lo subjetivo á lo objetivo, y en esto concuerdan con los principios cartesianos.

Pero este nuevo soplo regenerador fué exagerado por algunos espíritus atrevidos y firmes, y un albor de romanticismo puede decirse que tiñe el horizonte literario de la época. La tiranía del principio de «las tres unidades» — de que casi se atrevió á mostrarse quejoso el gran Corneille, — la inflexibilidad de las reglas y el excesivo dogmatismo que habían predicado Malherbe, Chapelain, Mesnardière, y después de ellos Boileau y el P. Le Bossu, dieron causa á aquella exageración que desvirtuó las teorías del Estagirita y de Descartes.

Sin embargo, la lucha de «los antiguos y de los modernos», según queda indicado, tuvo su origen en las ideas cartesianas. Es un craso error de Brunetiére suponer que Perrault fué el primero que se rebeló contra la escuela clásica, cimentada en los antiguos; porque si es verdad que él fué uno de los campeones más decididos de la lucha, no lo es menos que, antes de Perrault, Descartes había tenido el valor inaudito de echar á un lado á toda la antigüedad.

Las ideas estéticas sufren así un nuevo cambio, y frente á Boileau reinante se levantan Fontenelle, La Motte, Colletet, Carlos Perrault, etc. Este último, inicia la campaña en su poema *Le Siècle de Louis le Grand*, leído en plena Academia, y poco después verifica una reacción brusca contra las ideas del autor de los *Diálogos* con un trabajo que titula *Parallèle des Anciens et des Modernes*, — dando así origen á una discusión ardentísima que sacó á la liza desde los ingenios citados hasta los Desmarests y Saint Sorlin.

Sea cualquiera la doctrina literaria que se profese, y acátense las ideas de Boileau ó de Dacier, en esta querrela «de los antiguos y los modernos», ó acéptense la de sus contrarios tratando de desterrar del parnaso moderno á los latinos y griegos, lo que no podrá menos de reconocerse en Perrault es que supo distinguir, como el P. André, la belleza como esencia, como principio abstracto, como idea universal y eterna, de la belleza relativa, limitada, obra del pensamiento humano y representación subjetiva del mundo exterior.

Dejaré ahora de lado á Mad. Dacier, á La Motte y al P. Bouhours, que no caben en los límites de estos breves apuntes, y recordaré al abate Dubos, quien, en sus *Réflexions critiques sur la poésie et la peinture*, ensayó demostrar antes que nadie la «influencia del medio» en la obra artística, como factor en la producción y transformaciones de las ideas estéticas; y á Montesquieu que, en su *Essai sur le goût*, descuidó el es-

tudio de la belleza en sí para analizar las sensaciones que en nosotros producen las obras intelectuales, sentando la conclusión de que la causa de lo bello se encuentra en nosotros mismos, — idea, como se ve, perteneciente á la escuela racionalista y que es la misma sostenida por Kant cuando define la belleza diciendo que las cosas no son bellas por sí mismas, sino porque nuestro espíritu, que conserva vagas reminiscencias de la belleza absoluta con la cual estuvo en contacto antes de encarnarse, así la percibe en las cosas.

Diderot, el decidido sostenedor de lo «real» y que encuentra la suprema belleza en la Natura, inicia entonces una evolución divergente de las ideas estéticas que dominan al siglo, evolución que, mucho más tarde, dará margen al realismo de nuestra época, con ligeras variantes. Es el célebre escritor una de las figuras más grandes del siglo, y si como filósofo y escritor es digno de alabanzas sin cuento no lo es menos como crítico, — pese á la opinión de Brunetiére. — Dice éste, que no merece el nombre de crítico que hoy se le ha hecho, ni la fama de que goza. Yo creo, por el contrario, con Menéndez Pelayo (que bien vale un Brunetiére) que «la importancia de Diderot en la historia de la Estética es enorme.» Cerebro bien organizado, pensamiento profundo, ideas innovadoras, un raro sentido de lo real y de lo verdadero, un espíritu investigador, estilo vibrante y agudo á veces, otras hermosísimo y deslumbrante, todo lo tiene este precursor del transformismo y de la teoría spenceriana. Sus ideas encarnan una especie de materialismo espiritual, si vale la expresión, es decir, que fluctúan entre dos tendencias: la sensualista y la intelectual. En arte, predicó la imitación de la naturaleza y sus *Salons* — pese á Brunetiére nuevamente, — contienen ideas originalísimas y de subido valor. — Pero, si tuvo el sentido de lo real y predicó la imitación de la naturaleza, no llegó hasta los límites que alcanzan los modernos naturalistas. Aceptando, como aceptaba, una belleza ideal, creyó que la verdad, como elemento artístico, no debía concretarse á la representación de todo lo existente, sino á lo que se aproximara, más ó menos, al tipo ideal de belleza que él concebía.

Más avanzado en esta senda de «lo real», que Diderot descubrió y señalaba á los artistas, lo fué el abate Batteux, el autor de *Principes de Littérature*. Con ruda franqueza y destronando decididamente la teoría del autor del *Phedro*, Le Batteux erigió la «imitación de la naturaleza» en principio exclusivo de su estética. De modo que no es Diderot el primer predecesor del naturalismo — como afirma Zola en varios pasajes de sus estudios de crítica, y como creen otros autores que no han leído á aquél — sino el abate Batteux quien puede, con toda justicia, reivindicar ese título. El artista, pues, según esta estética, no debe hermoear la naturaleza, si acaso ella no lo es bastante, — como lo pretendía el Estagirita, — sino que debe pintar lo que es, lo existente, lo que vive, tratando siempre — y esto debe saberse y recordarse — que la naturaleza que se reproduce, fielmente, sea siempre lo más bella posible.

Vemos, así, cómo todas las ideas se van enlazando mutuamente, engendrando las unas á las otras y evolucionando desde el idealismo más puro el que recurre á las reglas gramaticales para dar tersura y nitidez á la forma — hasta el naturalismo ultra. Y es aquí que corresponde anotar cómo empieza la crítica analítica, ya en embrión en muchos de los autores mencionados más arriba, y que lentamente se va imponiendo á medida que el gramaticalismo, el impresionismo, la crítica objetiva, la realista, etc., van quedándose atrás.

Bayle y Fenelón, — el primero, notable filósofo, más aún, el primer filósofo del siglo XVIII al decir de La Harpe, autor de un famosísimo *Dictionnaire* y de los *Pensées sur la Comète*, y en el cual, mas que en Collins y demás libres pensadores de Inglaterra, debemos buscar muchas de las ideas del autor de *Zaire*, y el segundo, el célebre autor de *Dialogues sur l'Eloquence*, en general más conocido que el primero, — sustentaron la crítica histórica, la investigación de los hechos y detalles, antes que la que se preocupa de la obra por sí misma. Voltaire aparece á su vez y su prefacio de la *Henriade* («Ensayo sobre la poesía épica») es una verdadera protesta contra la tiranía de las reglas; pero más tarde, en su vejez, allá en 1764, escribe su *Commentaire sur Corneille* y verifica una contra-evolución para volver á la escuela de Boileau, concluyendo por ser más clásico que éste. Voltaire fué el que introdujo en Francia la literatura inglesa y aunque después maltrató á Shakespeare, sus compatriotas no tardaron en valorar al primer dramaturgo del mundo prefiriéndole al autor de la *Henriade* — exactamente lo mismo de lo que le aconteció al autor de *Manon Lescaut* al traducir *Clarisse* de Richardson, aunque Prévost, á pesar de ver que sus paisanos admiraban más al ingenio inglés que á sus obras mismas, no le maltrató por eso; — pero á pesar del conocimiento que de la literatura inglesa tenía Voltaire, no creo de ninguna manera que tomara su excepticismo, como afirma Menéndez y Pelayo, de Shaftesbury, Bolingbroke, Wollaston, Collins, etc., sino — como ya lo he afirmado — de Bayle principalmente. Por lo tanto, no puede decirse que introdujo el pesimismo en Francia, desde que éste ya estaba dentro de ella.

Y al evocar el nombre del patriarca de Ferney viene á la memoria, por asociación de ideas, la obra colosal del siglo: la *Enciclopedia*. Diderot y Voltaire, y el citado Bayle además, quedan ya estudiados; deberíamos, pues, examinar ahora á Buffón, D'Alambert, Marmontel, ya que la crítica y la estética le deben también algunas ideas. Pero los límites de estos apuntes no me permiten semejantes detalles, y se me excusará que, á par de Helvétius y del abate Raynal, los pase en silencio. Me concretaré, pues, á decir que los artículos de Marmontel publicados en la *Enciclopedia* — y que hoy forman el volumen intitulado *Eléments de littérature* — son el más fiel reflejo del gusto literario predominante en el siglo XVIII.

Aparece, entonces, La Harpe, verdadera antítesis de Diderot, gramático á lo Malherbe y resucitador del clasicismo á lo Boileau; y es él el quien cierra el período de la crítica

literaria en el pasado siglo. En adelante, ni Voltaire ni Marmontel ni el prenombrado autor del célebre *Cours de littérature* tendrán ya influencia sobre el arte francés. Con ellos muere todo el período de la literatura de oro. Nuevas tendencias y corrientes nuevas aborean en el cielo de la crítica y Mme. de Staël, dando á conocer la literatura extranjera, convulsiona completamente los principios estéticos. Schiller y Goethe penetran en Francia, y con ellos, Walter-Scott y Lord Byron,—con toda la brillante falange de precursores del idealismo militante y del elevado romanticismo de la primera época. *Gatz de Berlichingen* y el *Werther*, *María Estuardo*, *Don Juan é vanohe* son leídos con deleite por la primera vez: el nunca bien ensalzado volumen *De l'Allemagne* y las obras de Chateaubriand, descubren un inmenso filón inexplorado; la belleza ideal, el poder omnipotente de la imaginación se colocan en primera línea, y entouces el romanticismo destierra para siempre á los clásicos, prefiriéndose á los Racine y Molière los Prévost y Marivaux.

El idealismo altamente subjetivo del Rhin sienta sus reales á orillas del Sena, traído por Mme. de Staël; y el autor del *Genio del Cristianismo*, siguiendo las huellas de los de la *Novelle Héloïse* y de *Paul et Virginie*, pero ampliándolos sobremanera, enseña el gusto del «exotismo,» paseando su René y su Atala por los selvas grandiosas de la virgen América. Enrique Heine, treinta años después de Mme. de Staël completa los estudios sobre Alemania y ejerce tal influencia que su nombre, trasponiendo los Pirineos, va á enseñorearse de la lírica castellana. Pues bien; empujados de esta revolución literaria, aparecen Sainte Beuve, el fino analizador que sabe descubrir los secretos más recónditos del alma de un artista y Villemain, el creador de la crítica biográfica y generalizadora, que permite hacer estudios comparados.

Pero la reacción contra el clasicismo había sido demasiado brusca y pasional para ser sincera y fructífera por parte de los románticos: Addison y Swift se codeaban con Dumas y Sue; Hume suplantaba á Condorcet, y Perrault triunfaba de Boileau. El celeberrimo *Prefacio del Cronwell* metía tal ruido con o el no menos célebre chaleco encarnado de Theo. Lamartine y Victor Hugo llenaban los ámbitos del cielo con sus estrofas colosales, fundidas en bronce, deslumbrantes como un semillero de soles. Jorge Sand inundaba la sociedad con libros inferiores á *Valentina*, y Alfredo de Musset estremecía á los jóvenes con sus rimas armoniosas y sentidas, como un coro de ángeles ante el trono de Dios. Era un diluvio de fulgores, un torrente de notas, un mundo de sensaciones voluptuosas; lo ideal, lo imaginario, hasta lo fantástico fluctuaba por doquier, con velos azules y guirnaldas de rosas y de mirtos. Era una verdadera borrachera de luz, una embriaguez de perfumes, un concierto de melodías sagradas. . . .

De pronto, un joven escritor, perfectamente desconocido hasta entonces, empieza á publicar artículos críticos y estudios literarios en *La Revue de l'instruction publique*. La multitud se vuelve asombrada para escu-

char á aquei. joven eudaz. Es atrevido; dice verdades muy amargas; critica con sinceridad; no teme la lucha; avanza decidido y resuelto, atréniéndose paso á coagosa por entre las gentes timoratas y burguesas. Algunos se indignan, otros quieren protestar, los más le miran llenos de rencor. Pero la solidez de su discurso y los profundos conocimientos que en él se adivinan, le imponen en breve. El maestro, el sabio, el historiador, el filósofo positivista, el escritor de raza, Hipólito Taine, acababa de triunfar desde un principio, habiéndose preparado concienzudamente, con sólidos estudios, antes de entrar á la lucha.

Es él, el eminente autor de la *Historia de la literatura inglesa*, el hombre que haya vertido en el presente siglo mayor número de ideas y de pensamientos avanzados. Los estudios científicos, que en el pasado siglo empezaban á preocupar á todos los espíritus, se hacen más generales en el presente y parecen dirigir dictatorialmente á los hombres: pues bien, Taine se hace el corifeo de esta tendencia universal y aplica sus fórmulas al arte, rechazando la crítica de imaginación y caprichosa, seguida hasta entonces. La crítica se hace entonces metódica y reviste el carácter de una ciencia. «El parentesco—dice Taine en *Essais de Critique et d'Histoire*—que une al arte con la ciencia, es un honor para él como para ella, y es una gloria para el arte poder cimentar sus más altas construcciones sobre la verdad.»

Taine hace notar que una obra de arte tiene perfecta correlación con el temperamento propio del artista,—que éste, á su vez, es influido no sólo por la herencia sino por algún grupo de artistas entre los cuales vive y con quienes cambia ideas,—que dicho grupo está sugeto á las leyes generales del medio de la raza y de la región geográfica. De ahí, y considerando que el reino vegetal obedece á idénticas leyes, asimila su tarea á la de la botánica para lograr un método racional y científico, y ese método es el que sigue en todos sus libros,—donde su autor, más de una vez, recurre á las comparaciones con los vegetales.

Como se ve, para seguir esta crítica—la crítica analítica, como se la ha denominado—se necesitan vastísimos conocimientos, un espíritu observador en alto grado y un poder excepcional de síntesis para lograr las leyes generales. La gran documentación, el enorme cúmulo de noticias, los múltiples detalles y apuntes que exige esta crítica, no permite que cualquiera la cultive, y sólo un gran talento unido á un amplio espíritu, puede obtener los brillantes resultados que obtuvo Taine en sus trabajos sobre la Fontaine, Jenofonte, Racine, Tito Livio, Rafael, sobre los orígenes de la Francia contemporánea, sobre la pintura italiana, la literatura inglesa, etc. etc.

Por otra parte, la crítica de Taine no señala un código, á la manera de la de Boileau, por ejemplo, sino que se contenta con deducir leyes generales, sacadas de las obras del ingenio humano y sin cuidarse de escuelas ni de tendencias: es éste, un eclecticismo á lo Richter. Conténtase con examinar la obra desde el punto de vista psicológico, del social y del estético, y si acaso res-

ponde acabadamente á ese examen, la obra es perfecta.

La tendencia analítica de Taine ha engendrado la crítica psicológica de Bourget y la científica de Hennequin; pero, mucho antes que éstas, otro valiente gladiador siguió la tendencia del autor de la *Filosofía del Arte*, modificándola según sus propias ideas y su concepción del arte. El célebre autor de los Rougon-Macquart emprende la campaña, secundado y secundando á los Goncourt, Daudet, Maupassant, etc. Zola, crítico, es terrible, demoleedor. Su palabra vibrante y terrible ha sonado durante largos años con aires de Fronza, estremeciéndolo á los burgueses y atemorizando á los románticos. Victor Hugo se sintió sacudido violentamente en su pedestal de granito; Jorge Sand oyó el vendabal entrarle por la puerta de su retiro; Barbey D' Aureville fué derribado á tierra sin compasión y lo mismo Alejandro Dumas. Todo el Parnaso se sintió conmovido y los dioses de la lírica francesa sintieron estallar las cuerdas de su lira. El terrible polemista estaba siempre en la brecha, firme, decidido, prontas las armas, parando todos los golpes, acudiendo a cien enemigos y á lo más recio de la lid, sereno y altivo como un león. Cuando dejó descansar la diestra, todo había terminado: el romanticismo yacía en escombros.

Zola es el campeón del naturalismo—y aunque no inventó la escuela, como se lo figuran algunos, es sin disputa el que la ha llevado á todo su esplendor. Enamorado luego de la realidad, no encontrando bellas las cosas sino por su verismo; estético de la imitación de la naturaleza, á la manera del *El atteux*, y más exagerado si cabe; señalando como condiciones de la obra artística el que presente «documentos humanos» y tenga «sello personal»; exigiendo al artista «sentido de la real» y «sinceridad»,—amén de precificar reglas, sacadas de Lucas y Claudio Bernard, sobre el temperamento de los personajes, el medio, la descripción, el estilo, etc.—el eminente escritor que es hoy, indiscutiblemente, el más grande y genial del mundo entero, ha lanzado el arte por nuevas y esplendorosas vías, pese á sus exageraciones y defectos.

El naturalismo levantó una algarada terrible. Barbey D' Aureville no encontró en su armario del siglo XVIII anatemas bastantes para fulminarle. El dandy crítico que era un católico de firme cepa, estaba enamorado de un siglo herético, y, viviendo en una especie de ensueño, no quería bajar á la realidad, dándosele un ardite el modernismo. Así, también, todos sus trabajos (*Les Œuvres et les Hommes, Littérature Etrangère*, etc) se resienten de ese despecho hacia lo moderno y de una pesada nostalgia de lo ideal.

Buloz, el fundador de la *Revue des Deux Mondes*, acaparaba entonces á lo más grande de la joven literatura francesa: su revista fué una especie de catapulta dirigida contra el naturalismo militante. Allí se formaron muchísimos literatos, que por más de cuarenta años sostuvieron la campaña.

Ahora, la crítica cuenta entre sus filas á una buena cantidad de jóvenes—y de viejos, pero son los menos.—Francisco Sarcey es

el crítico dramático burgués por excelencia, y el más impresionista también. No dogmatiza ni obedece á cánones fijos; sus fallos son la traducción fidelísima de las sensaciones del público *grueso*: por esto, precisamente, encantaba á los lectores domingueros de *Le Temps*. Él juzga una obra como la juzga «la inteligencia media» del público, al decir de uno de sus críticos—Julio Claretie, que también ha hecho críticas, no ha profundizado mucho que digamos. Gustavo Planche, León Bloy, Emilio Montegut y muchos otros que podría citar si no fuera por el temor de parecer pesado, también han hecho sus armas en la crítica; pero la verdad es que todos ellos, más que críticos, son novelistas, poetas, etc.

Haciendo esta observación es que Emilio Zola, en uno de sus más vigorosos artículos, lanzó la idea de que en Francia, poniendo á un lado á Taine, que considera como filósofo, no se encuentra un solo crítico. ¿Es exacta la observación del creador de los Rougon-Macquart?

Yo creo que si el crítico que se busca es el crítico naturalista, debemos convenir que fuera del mismo Zola, no se ve ninguno. La verdad es que todos los jóvenes han ido apartándose del medianismo, ya por temperamento, ya por la ambición de ser originales, y no han juzgado á aquella escuela, sino como enemigos. Los mismos discípulos, excepto dos ó tres únicamente, han abandonado al maestro, para buscarse, á su vez, una banca de maestros en la historia de la literatura.

Peró los críticos militantes, con estéticas las más variadas, inundan hoy á París. Sería necesario ser muy miope de voluntad para no verlos pulular en periódicos y revistas. Y algunos de ellos, hay que decirlo francamente, se destacan ya como verdaderas notabilidades. Desde Guyau, que es todo un filósofo y más crítico que literato, y que funda su teoría estética en la solidaridad social como principio de la más pura emoción estética, en la sociabilidad y en la simpatía (reproduciendo, hasta cierto punto, la filosofía que expone Adam Smith en su obra titulada *Théorie des sentiments moraux*), hasta de Vogüé que es un mero impresionista é historiador, y el primero que introdujo en Francia, á los escritores de la patria de Karamzine, toda una falange de críticos discuten valientemente sus principios, repitiendo las más viejas ideas con palabras nuevas, según la frase de Chénier.

Entre toda esta multitud de críticos merecen mención aparte Edmundo Scherer, principal representante de la crítica moralista y el espíritu protestante más vigoroso en cuanto á subjetivismo literario; Fernando Brunetière, el neo-clásico empapado en la erudición y tal vez uno de los más sabios de entre todos; Julio Lemaitre, representante de la crítica puramente literaria y con la gracia y el «impresionismo» de un Grimm; Pablo Bourget, psicólogo á lo Beyle que jura por Taine; Emilio Hennequin, vaxilifero de la crítica científica y enamorado platónicamente del moderno decadentismo; Anatole France, el encantador «impresionista» que nos cuenta «las aventuras de su alma al través de la obra artística» que acaba de

leer; Charles Morice, Georges Pellissier, Charles Maurras y tantos otros, imposible de enumerar en estos apuntes, que comentan, explican y difunden las teorías y las obras de la literatura francesa de última hora.

En toda esta evolución de la crítica—que he tratado de condensar lo más brevemente posible—verificada en tres centurias, puede verse palpablemente toda la vida, generación y desarrollo de la literatura francesa. No hay un género, una tendencia literaria, una sola obra que no sea debida á esas ideas críticas que acabo de reseñar, por manera que *La Franciade*, por ejemplo, obedece á Du Bellay, la obra de Pascal al jansenismo de Port-Royal, el siglo XVII y los primeros años del siglo XVIII á Boileau-Despreaux, etc. Es esta una verdad incontrovertible que cualquiera puede confirmar con tan sólo una rápida lectura de la historia literaria de Francia. No quiere todo esto decir, por de contado, que tal y determinada época haya obedecido á unos principios únicos y absorbentes. Está claro que las tendencias han sido algunas veces divergentes y que, por lo tanto, las obras literarias han seguido opuestos caminos; pero lo cierto es que siempre la crítica ha sido quien ha enderezado por un sendero ó por otro á las producciones del ingenio humano. Todos sabemos que la literatura del Hotel Rambouillet, v. gr.,—y, como poeta *precioso*, Voiture principalmente—no se cuidó ni poco ni mucho de las ideas de Malherbe; como es de todos igualmente conocida la célebre discusión que en la historia de la literatura francesa es llamada «de los Antiguos y de los Modernos»;—pero en el un caso como en el otro la oposición sólo ha sido hecha por la misma crítica, quiero decir, por una crítica contra otra crítica y es así que Chapelain ó Fléchier luchaba contra Malherbe y Perrault ó Fontenelle contra Boileau.

En nuestra época, el hecho que pongo aquí de manifiesto, y que existe también, no puede ser notado tan fácilmente debido á la multiplicidad de las ideas dirigentes que se disputan el dominio de la crítica. Edmundo Scherer, principal representante de la crítica moralista, Brunetière, de la literaria, Bourget, de la psicológica y Hennequin, de la científica, luchan ó han luchado por lograr «imponerse» y únicamente han logrado subdividir á lo infinito los principios de Boileau, Sainte Beuve y Taine, dando lugar á tendencias literarias diametralmente opuestas. Así es que el romanticismo, la escuela clásica, la tendencia realista, el decadentismo y las ideas neo-místicas se confunden en la literatura de nuestra época, distrayendo el espíritu del observador y engañándole respecto del influjo de la crítica en el Arte, que he señalado. Pero concrétese debidamente la cuestión, sígase el génesis de una obra, considéresela aislada de las demás coetáneas y no será imposible, ni mucho menos, descubrir en tal novela ó cual drama el fruto obligado de esta ó aquella doctrina sustentada por los críticos mencionados. ¿No fué Melchor de Vogüé, crítico, el que impuso á los parisienses el gusto por Tolstói y Turgueneff,—á la manera que el abate

Prévost impuso á sus contemporáneos las novelas de Richardson? ¿Qué importa entonces que Huysmans se aparte de todas las ideas críticas de sus compatriotas, si otro crítico, Hennequin, puede reivindicar para sí la filiación de *A rebours*?

VICTOR PÉREZ PETIT.

DE LEOPOLDO DÍAZ

LAS LÁGRIMAS ROJAS

(BALADA EN PROSA)

A José Enrique Rodó.

En aquel día de otoño—la última luz moría tras la montaña—vestida toda de blanco—como una joven desposada.

Del fondo del lago azul—dos esmeraldas vívidas—me miraban fijamente:—los ojos de la Náyade sonreían pérfidamente.

Y dijo la náyade: inclínate—inclínate hacia mí, viajero pálido—de ojos inconsolables.

—Náyade, le respondí suspirando,—busco el alma que he perdido—al cruzar el mar infinito.

Y la Náyade sonreía pérfidamente—retorciendo las fibras de ámbar—de sus trenzas, bajo las olas.

—Náyade, pregunté de nuevo—¿dónde he perdido el Alma—que hoy me falta; ¿dónde? ¿dónde?

Y la Náyade sonreía—retorciendo las trenzas de ámbar—debajo de las olas.

Entonces, sobre una roca solitaria—del lago, me senté á llorar—mi juventud, con lágrimas quemantes,—que dejaron un surco sangriento:—con lágrimas rojas,—como que brotaban de mi corazón.

EL BESO Á LA SOMBRA

(ELEGÍA EN PROSA)

Frente á mí, en la hora verpestina—tu imagen surgió de las ondas azules—como una azucena ceñida por un nimbo de oro.

Yo me acerqué á tu lado—¡oh sombra de una visión amada!—¡ay, por siempre desvanecida!—¡Oh sombra de un ensueño que se hunde entre la niebla!...

Yo me acerqué hasta tocar la orla—de espuma de tu traje etéreo,—de tu traje flotante en la penumbra de un crepúsculo violeta.

Y fué entonces—¡recuerdas, Euglena?—que tus dos alas de nieve rozáronme la frente—con su caricia de ultratumba.

Y yo tendí mis brazos, y grité en el antro—que se abría bajo mis pies:—«Euglena! Euglena! Euglena!»

Y siete veces, el Eco misterioso—me repitió tu nombre,—y siete veces, mis labios sedientos—sólo besaron tu sombra.

LEOPOLDO DÍAZ.

Ginebra.

Romance de campanario

Llevaba al pecho pendiente de roja cinta de seda, una cruz de San Fernando, como galardón de guerra. Y asomaban á su rostro, cubierto de piel morena, las alegrías del alma y la paz de la conciencia

Nunca su ánimo turbaron el fragor de la pelea ni las rceas tempestades con que los cañones truenan. Nunca ante los vencedores dobló la altiva cabeza. Nunca humilló á los vencidos. Nunca en hazañas sangrientas volvió al peligro la espalda. Nunca la fría tiniebla del sepulcro, siempre abierto, nubló su frente serena. Y nunca, cuando la noche obscurecía la tierra y en las alturas brillaban suspendidas las estrellas, dejó de abrir su memoria al recuerdo de su aldea, sus labios á la plegaria y el corazón á Gabriela.

El cielo sin una nube; verde alfombra en las praderas; rubias mieses en los valles; nidos en las arboledas; mansas ondas en el lago; dormido el polvo en las sendas; dormido el viento en los bosques; allá, la azulada sierra, y abajo el undoso río que fertiliza las vegas y los caseríos blancos ocultos entre alamedas.

Iba cantando. Muy pronto, desde la empinada cresta de la próxima montaña, que al oriente el valle cierra, veía los chapiteles de las torres de la iglesia y las campanas, inmóviles bajo sus arcos de piedra, el humo inquieto, emanado de las altas chimeneas, y al extremo de una calle la casita de Gabriela, por cuyas paredes suben trepadoras ma íresolvias

Una onda suave de viento trajo á su oído la queja de dos campanas de bronce que tañían lentas, lentas. Pero el soldado llevaba de alegría el alma llena. Creyó que el toque de duelo era repique de fiesta, siguió cantando el camino, subió el monte, vió la aldea que doraba el sol de Mayo, y aunque oyó desde más cerca

las notas de las campanas acompasadas y lentas, aun creyó que sus clamores eran anuncio de fiesta. ¿Por qué habían de quejarse las campanas de la iglesia, cuando sonríen los cielos y se engalana la tierra, y los júbilos humanos hacen de los broncees, lenguas?

Llegó á la entrada del pueblo: Todas las calles desiertas, todas las casas cerradas, y allí, por la angosta senda del lejano cementerio que altos cipreses rodean, una triste comitiva, un féretro, una cruz negra, una neblina de polvo en cuyo fondo llamean los blandones encendidos, y en el féretro, Gabriela.

Y las campanas seguían en su clamor por la muerta.

La alegría del soldado se trocó en honda tristeza, su canto en ronco gemido, la luz del sol en tiniebla, y entonces supo de cierto cómo los broncees se quejan, cuando los duelos humanos hacen de los broncees, lenguas.

CHRISTIAN ROEBER.

Buenos Aires.

UNA CONFERENCIA Del doctor Martiniano Leguizamón

Publicamos á continuación la bien pensada conferencia que, con el modesto título de *Charla literaria*, leyó en la sala de redacción de un diario bonaerense el celebrado autor de los *Recuerdos de la tierra*. El doctor Leguizamón no necesita ser presentada á nuestros lectores, pues no hace mucho tiempo la página literaria titulada *Montañas* que publicamos como primicia de la novela que ese distinguido literato argentino tiene en preparación, le valió un verdadero triunfo.

CHARLA LITERARIA

Galantemente invitado á tomar la palabra por la ilustrada redacción de este diario que más de una vez tuvo un aplauso generoso para las modestas producciones mías, no he podido menos que acceder á tan honroso pedido, lamentando únicamente que todo el esfuerzo de mi voluntad no alcanzará á saldar mi deuda de gratitud; pero confío en que vuestra benevolencia atenuará las deficiencias del desempeño.

Y ante todo debo decir que ésta no es una conferencia sobre literatura nacional, como amablemente se ha anunciado; no: se-

rá apenas una charla íntima á propósito de cosas de nuestra tierra, que viene á haceros uno de sus hijos, que ama y cultiva las tradiciones del terruño, creyendo firmemente que no hay en ello nada frívolo ni vulgar, sino por el contrario una meritísima empresa, digna de ser tratada por más esclarecidos ingenios.

Hecha esta salvedad, procuraré expresar lo que pienso de nuestra literatura y cuál es su verdadera importancia.

Y bien, mi entusiasmo por todo lo que es genuinamente argentino no me arrastra hasta la obcecación de proclamar que tenemos ya un caudal literario tan netamente caracterizado que pueda reflejar todas las modalidades de la naturaleza nativa.

Poseemos apenas ensayos más ó menos felices en que la originalidad, la fusión de las razas, el medio ambiente, el colorido, el paisaje y los rasgos enérgicos de un pueblo viril, palpitan y se condensan en algunas páginas admirables que conviene señalar á las nuevas generaciones como un ejemplo y un derrotero, en estas horas de momentánea desviación del ideal artístico, en que, persiguiendo un exotismo irreflexivo ó un decadentismo estéril, se están malogrando tantas jóvenes inteligencias.

Será, pues, oportuno advertirles que en vez de cantar asuntos polares en florilegios extraños, tañendo la mandolina ó la flauta de cristal, escuchen las palpitaciones del alma nacional y canten á los héroes de la raza.

Que miren á las alturas y pulsen el arpa, muda hoy, donde resonaron las armonías del cantor de *Atlántida* y del *Nido de Condores*; que hagan vibrar esa otra gran lira enlutada que gemió desoladas tristezas con *Lazarro* y la *Fibra salvaje*; y, si quieren acordes más sentidos y nuestros, que no desdénen ésa que suspira *tristes y cielos* con el tono auténtico de la pasión nativa: «la guitarra melodiosa de los cantos argentinos.»

Que en vez de extasiarse en la contemplación de «auroras líleales», ó de «calajes descoloridos» admiren el áscua rojiza que dora la cumbre de nuestras montañas y la faz, anchurosa como el mar, de nuestras pampas y chacas.

Que antes de ir á buscar inspiración en la desolada estepa rusa, oigan esa gran voz que flota y solloza armonías desconocidas en los lentos crepúsculos pampeanos;—esa voz que, desde los octosílabos de *La Cautiva* hasta las toscas trovas del *Martin Fierro*, nos está relatando tan hondas y hermosas leyendas de dolor!

Que demanden asuntos para la estrofa, el lienzo, el bronce ó la página musical, al *Facundo*, ese gran cuadro rudo, vigoroso y verdadero, donde el desborde magnífico y bravo de las cóleras y odios de Sarmiento esculpió todo un sangriento período de nuestra historia.

Que lean con amor á ese otro hijo de la región montañosa que ha bajado á la llanura, trayéndonos como ofrenda de hermandad en el arte tres obras genuinamente argentinas: *La tradición nacional*, *Mis montañas* y *Cuentos*.

Con placer me detengo á señalar esta producción intelectual, porque creo que es González el primer escritor que, sintiendo

hondo y amando sin sonrojos: el suelo natal, ha sabido encontrar inspiración para sus obras en las fuentes inexhaustas y virginales de nuestra tierra, tan rica en asuntos artísticos.

Y es por eso que su amor al rinconcito andino que sustentara su cuna se expande por toda la obra hasta fundirse en el mas ferviente culto a la patria; y esta nota personal es quizá, —aparte de sus revelantes dotes de estilista, — el secreto del éxito alcanzado por sus producciones.

Sus cuentos, sus tradiciones, sus retratos, sus paisajes y descripciones regionales tienen el sabor agreste y robusto del valle; palpita en ellos la savia lozana; la musa popular los anima y colora con su gracia ingenua y natural.

Y luego ¡qué dulce melancolía— suavemente nostálgica;— qué sentimiento profundo de ternura y piedad mana perennemente de esas páginas abundosas en notas y colores, como una floración de selva tropical! ¡qué tristeza elegíaca, pero viril, flota en torno de sus cuadros de la montaña, cuando narra las heroicidades y los sufrimientos de la raza primitiva! ¡qué descripciones tan animadas y coloridas ésas que bosquejan las costumbres y las supersticiones del tosco campesino montañoso cuyo tipo ha burilado con relieve indeleble antes que la civilización termine de borrar sus perfiles!

Penetrado como ninguno entre nosotros, de la importancia histórica y sociológica que entraña el estudio sincero de los usos, costumbres y creencias populares, ha abordado con éxito envidiable tan meritoria empresa, y quedan ya, como jalones de la jornada, esas tres obras que tan alto puesto le señalan en la intelectualidad nacional.

Es que el asunto no es frívolo, como se ha dicho, y no puede sernos indiferente. En la América española algunos pueblos ya se han preocupado con interés de estas cuestiones que se refieren a su *folklore*; pero entre nosotros el terreno permanece casi inexplorado apesar de su capital importancia, esperando a los investigadores estudiosos que se decidan cuanto antes a abrir la *picada* en la selva virgen.

Los trabajos de Joaquín González, Juan Ambrosetti y Adam Quiroga no han tenido imitadores; y, sin embargo, qué tesoro de poesía nacional se formará el día en que se dé cima a esa obra que nos falta!

Qué veneros de belleza ignorada están ocultos por esos montes y cachillitas, entre las derruidas taperas, a lo largo de los ríos y arroyos, bajo las pajizas techumbres de los viejos ranchos, en las cuerdas cornidas de la guitarra que gimió los incomparables *tristes* del gaúcho que se vá...

Búscanse colorido, tipos, escenas y paisajes nuevos: allí se les encontrará derramados hasta con derroche por la mano del Creador. Que la piqueta remueva los escombros, que se sople en la brasa no extinguida de los fogones campesinos, que se scndée hondo el alma sencilla de esos hombres buenos y fuertes antes, que se pierda su silueta original; y la obra soñada que tanto anhelamos surgirá potente con su sello típico y duradero.

Dentro del alma embrionaria de toscos

marineros y de rudos montañeses ha sabido encontrar asuntos el talento de Pereda para crear a *Sotileza* y *Peñas arriba*, esas dos joyas admirables de la novela española. Bret-Harte con sus *Bocetos californianos*, Auerbach con sus *Narraciones de la Selva negra*, Tolstoi con sus cuentos de campesinos rusos. Verga con sus novelas rústicas de la Calabria; en qué escenario han ido a buscar asuntos para sus obras, sino en la montaña, las landas, las selvas, la estepa y las charcas donde fermenta la malaria?

Es siempre el romance de las vidas humildes, la resignación, el sufrimiento, las penas y las alegrías del habitante de los campos, con todo el drama sombrío de sus pasiones mal domeñadas, lo que el artista ha ido a sorprender en plena luz, al aire abierto de las praderas, los bosques ó los picachos de la montaña!

Es que no hay arte fuera de la naturaleza y de la verdad; toda la gracia, la imponderable belleza, mana de allí como de un raudal inextinguible. Y si nuestro país encierra dentro de sus dilatadas fronteras tan diversos matices y cuadros de la naturaleza, con moradores propios de cada región, con sus modalidades características y hasta con sus tradiciones:— ¡porqué no hemos de aspirar entonces a crear una literatura que, empezando por ser regional, se fundirá al fin en una obra genuinamente nacional, cuando refleje la vida, el colorido, la luz y los horizontes de la tierra argentina, a la manera de los pueblos cultos que consideran obra de tan positivo valor el puro sentimiento que informa la evocación de las cosas y tiempos que pasaron?

En cuanto a mí, no sólo considero útil esta empresa, sino hasta patriótica y por eso he consagrado a ella tan ardorosas horas de labor, afanado por hallar una humildísima piedra siquiera para el grandioso monumento que alguna vez constituirá el arte nacional. Será posiblemente mi tarea la del pobre indígena que transportó con amor el bloque anónimo que, unido a muchos miles de otros, levantaron la fábrica del palacio ó el templo monumental.

Y ojalá que muchos de mis compatriotas, dándose cuenta exacta de la importancia que el asunto entraña, miraran con mas interés estas cuestiones, que no pueden dejar indiferente a todo el que se sienta argentino, y se pusieran con ardor a la tarea, antes que la rápida evolución de nuestro país concluyera de borrar las huellas originarias de tantas cosas de la tierra que deben sernos caras.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

Buenos Aires.

EL PERRO EN BOCA DEL VULGO

Introducido el perro en el Río de la Plata por los españoles, con ellos vinieron a la par multitud de refranes, dichos, frases, expresiones y modos adverbiales que le tomaron por tema para comparar con sus cualidades ó instintos las costumbres y acciones humanas.

La mayor parte de los refranes proce-

dentos de España corren inalterados ó con ligeras modificaciones en boca del vulgo platense, pero hay otros también que nacieron en tierra americana, á favor de circunstancias especiales y del género de vida de sus habitantes, las que influyeron necesariamente en el lenguaje.

II

Andar como perro gaúcho: vagabundeando, sin apego á nadie. Si á un correntino dijese, en són de elogio, que era un mozo gaúcho, ó gaúcho, que es como más corrientemente se usa la palabra, contestaría en el acto: *gauchos son los perros*.

Hallarse uno *como perro en cancha de bochas*: corrido, como gallina en corral ajeno.

Ser *perro viejo*: experimentado, astuto, taimado. Procede del refrán: *á perro flaco no hay tus tus*, ó *nunca cruz cruz*.

Andar *como un galgo*: pobre, flaco y mal trazado.

Ser uno *como perro faldero*, ó *como perri-to faldero* apegado á otro con demasía.

En renguera de perro y en lágrimas de mujer no hay que creer. Es refrán español, sustituida la voz *cojera* por la más común entre el vulgo de *renguera*, derivada de *renguear*.

Perro que ladra, no muerde: alúdesse al que echa bravatas. Transformación del refrán: *perro ladrador, poco mordedor*, ó *nunca buen mordedor*; también: *nunca buen cazador*. En sentido contrario, dice Julián de Medrano: *de perro que muerde y no ladra, de ese te guarda*. (1) *Más ladra el perro, cuando ladra de nvedo*. (2) *Ládreme el perro, y no me muerda*. Al muy ladino que se ha escapado de caer en manos de la justicia, ó que ha sustraído ó socaliñado alguna cosa, ¡échenle un galgo! No hay esperanza de recuperar la cosa hurtada, de aprehender al delincuente. ¡Que le echen un galgo! dícese también. El diccionario de la Academia: ¡échale un galgo!

El que nos vendió el galgo, expresión aguda que alude á todo petardista, ó á determinada persona que nos hizo una trampa entre las muchas de que ha sido y es capaz. « Explica, dice la Academia, lo muy conocida que es una persona por algún petardo que ha dado. »

Si bien el *que nos vendió el galgo* es persona muy conocida, como que á cada paso tropezamos con ella, la expresión de que se trata no es tan común como debiera y lo merece. Al que nos vendió el galgo, *que le echen un galgo*.

III

Váyase á expulgar un galgo es expresión figurada y familiar de que se usa, según la Academia, para despedir á uno con desprecio. Un criollo, si mucho le apuran, dirá muy familiarmente: *váyase á la perra que lo tiró de las patas*.

Porque *perra*, familiar y figuradamente,

(1) *Silva Curiosa* inserta en el *Refranero General Español* de don José María Sbarbi.

(2) *Monografía* de Sbarbi.

tiene una significación que la llamamos por sabida.

Para dilucidar la expresión se acostumbra decir: *¡hijo de perra! hijo de una gran perra! en tu perra vida! ¡La perra!* equivale á ¡caramba! y *en tu perra vida!* á ¡jamas!

No ya en este impúdico sentido, sino en el de hombre perverso, dan los cristianos á los indios y los indios á los cristianos, como antiguamente sucedía con los judíos y moros en España, el nombre de *perros*; *Perro cristiano!* dice el indio. *Perro, indio bellaco!* le dice á él el cristiano. (1)

Ser uno perro ó muy perro es frase figurada y familiar que significa que la persona á quien se alude es mala, perversa y recalcitrante (2).

Perro viejo es sinónimo de prudencia. *A perro viejo no hay cuc cuc.* Eso está bueno para los *cuscos* ó *cusquitos* ó gozquejos que se dejan engañar, y acuden alegremente al llamado metiendo la cola. Samaniego ofrece un ejemplo en su conocida fábula:

EL PERRO Y EL COCODRILO

Bebiendo un perro en el Nilo,
Al mismo tiempo corría.
—«Bebo quieto,» le decía
Un taimado cocodrilo.

Dijole el perro prudente:
—«Dañoso es beber y andar;
Pero ¿es sano el aguardar
Á que me claves el diente?»
¡Oh qué docto perro viejo!

Yo venero tu sentir
En esto de no seguir
Del enemigo el consejo.

Las cualidades del perro han prestado en todo tiempo al fabulista largo contingente de materiales. En España no más, muy lindas fábulas sugirieron á Iriarte y á Samaniego. *Como perro y gato* andan ó se tratan las personas que siempre están riñendo ó peleándose. Las personas que se aborrecen, *se quieren como perro y gato.*

Quien importuna á otro hasta el punto de mortificarle, *va como alano colgado de la oveja.*

Á veces uno, irritado, *se da á perros;* otras lo *tratan á uno como á un perro.* ¿Cuántos no *echan á perros* su patrimonio, y hasta los máspreciados dones?

Quien da pan á perro ajeno, las costuras le hacen llagas. Este refrán (3) que parece oponerse á la caridad, aconseja proceder como en todo en la distribución de limosnas, con el debido discernimiento; porque si uno se descuida, lo desnudan. El hombre no debe cerrar el pecho á la compasión; gócese en seguir sus inspiraciones y en ha-

cer todo el bien que pueda al desgraciado. Mas no extreme las cosas, como la *judía de Zaragoza, que cayó llorando males ajenos.*

IV

A perro flaco todas son pulgas. Por el mismo estilo del que dice: *Del árbol caído todos hacen leña.* Por eso el que sufre un contratiempo, se aplaca diciendo: *bienvenegas, mal, si vienes solo.* Si, por el contrario, vienen uno tras otro, ó muchos, ó todos los males á la vez: *todo junto, como al perro los palos;* entonces *poco daño espanta, y mucho amansa.* Lo que conduce al hombre de corazón á sacar algún provecho de la misma desgracia. Pero ¡guarda! que *el hombre desgraciado cae de espaldas, y se aplasta las narices.* Y no pára en eso, que *por quitarme allí esas pajás, le condenan como á delincuente;* porque ¿quién no sabe que *para los desgraciados se hizo la horca?* No lo haría mejor Sancho.

Echème a dormir y expulgone el perro, no la cabeza, sino el esquero. En lugar de esquero, dirían *churpa* ó *guayaca* en el Río de la Plata, si fuera usado (que no lo es) este refrán, que da á entender cómo se arruinan los hombres por decidia ó falta de prevención.

Pero el que no sea usado en el Río de la Plata, no quiere decir que carezca de aplicación. La tiene, y también aquel otro: *ya que la casa se quema, calentémonos todos.* No en vano los españoles de ambos mundos tienen, ¡gran Dios! sangre árabe en sus venas.

La galga de Lucas, que alude al que falta en las ocasiones, ha de ser de la cría del *capitán Araña: embarquémonos y vayamos.*

El perro del herrero, que duerme á las martilladas y despierta á las dentelladas, sugirió á Samaniego una de sus más graciosas fábulas. Muy de otra condición es *el perro del hortelano, que ni come, ni deja comer al amo.*

Una vez burlan al perro macho, es refrán antiguo que menciona el Marqués de Santillana. (4) Equivale á *una, y no más, ó á no caigo en otra,* que diría aquel á quien se hubiese perjudicado ó burlado particularmente si se fió en la supuesta honradez ó aparente buena fe de la persona ó personas que intervinieron en el negocio ó en el hecho que dió ocasión al fraude ó daño. Para librarse de caer en las redes que tiende á menudo la arteria, no hay prudencia que baste. Felipe II, el *Prudente,* con serlo y todo, *pagó bien una vez la chapotonada.* Solicitó con ahinco la canonización de Diego de Alcalá. Después de muchos trámites y de dilaciones que parecían interminables, aquel siervo de Dios fué inscrito, como lo merecía, por el Papa Sixto V, en el glorioso catálogo de los santos. Felipe II tuvo, pues, la satisfacción de verle canonizado; pero también le costó un ojo de la cara, quedando tan escarmentado, que, al ver la cuenta, dijo: *éste, y no más.*

Por dinero baila el perro. Poderoso caballero es don Dinero, dijo D. Francisco de Quevedo, que era hombre de mundo.

Muerto el perro, se acabó la rabia. A otro perro con ese hueso. El perro con rabia á su año muere. Ni padre, ni madre, ni perro que le ladre.

Cuesta abajo, hasta los perros ruedan; dicho que pondera lo peligroso es que galopar cuesta abajo. Si hasta los perros cuando van corriendo cuesta abajo, están expuestos á *rodar,* ó sea á caer rodando hacia adelante, ¿con cuánta mayor facilidad no rodará la cabalgadura, cuadrúpedo que, además de ser mucho más alto que el perro, camina con el pesado aditamento del jinete, que tiende á desequilibrarle más y más? Por eso también, cuando dos ó más personas van galopando por el campo ó por un camino y llegan á una pendiente, la más avisada tira de las riendas á su caballo, diciendo al compañero ó compañeros. *cuesta abajo no paga el rey,* refrán evidentemente muy antiguo, pues tiene su origen de la época en que los países de América estaban sujetos al dominio del rey de España.

El diablo corriendo perros parece aquel que desairadamente se halla metido en una bullanga ú otra escena callejera propia de gente que no guarda muchos miramientos.

D. José Hernández pone en boca de *Martin Fierro* y otros personajes de su narración gauchesca, muchos refranes, expresiones y dichos inventados y usados por el paisano platense. Que tienen al perro por tema halláase los siguientes:

Andar como perro con tramojo. Es éste un palo que se cuelga del pescuezo del perro, para evitar que, estorbándole al andar, atropelle á la gente. Figuradamente significa proceder con cautela.

«Nunca escapa el cimarrón,
Si dispara por la loma,» aludiendo á los peligros y compromisos que acarrea el andarse ostentando, mientras la vida modesta y recatada afianza la tranquilidad. El perro cimarrón que se ocultaba en un monte ó en un estero, seguro quedaba de que no lo matasen; pero si ganaba la cuchilla ó la pampa (la loma ó la llamera), perseguido por jinetes apostados de trecho en trecho, moría á chuzazos.

El paisano, injustamente perseguido por la autoridad, vese constreñido,

«Como perro abandonado,
Á buscar una tapera, (5)
Ó en alguna viscachera
Pasar la noche tirao.

Si se trata de prenderlo, y es valiente y se resiste, *le rodean como á perro cimarrón.* Si le matan, *le tiran como cimarrón en una cueva.* Si, lastimado, se retira gritando: *sale como perro cuando le pisan la cola.*

VII

Los negros dicen: «El perro tiene cuatro patas, pero no puede andar á la vez por cuatro caminos,» y «Quien tema las pulgas, que no juegue con los perros.» (6)

(1) El bárbaro gruñó: avanzaba tambaleando hacia nosotros, daba cortas al aire y puñaladas á la quinchita, hasta que cayó como plomo, enterrando el oquillo en el suelo. Volvió á levantarse apenas, dió de hechizos á un palo, se limpió con un poncho mojado en la boca, y salió, para caer de nuevo cerca de la puerta, gritando: ¡perros cristianos!

(2) Don E. S. Zeballos, *Relmécia.*

(3) «Y, pensando en esto, procuraba explicarme la razón filosófica de por qué se dice: *ese hombre es muy perro;* y nunca, cuando un perro es bravo ó malo: *ese perro es muy hombre?*»

(D. Lucio V. Mansilla, *Los Ranqueles.*)

(4) Citado por Shabzi en su *Refranero (Disertación).*

(5) Refrán. *Gen. Esp. do Shabzi.*

(6) *Tapera,* ruinas. — *Viscachera,* cueva de la viscachera, Véase *Vocab. Riopl.* del autor.

(7) Fernán Caballero, *Colección de Artículos Religiosos y Morales.*

¡Cuántos ayes encierra el primero de estos refranes! El negro esclavo le murmuró, azotado por amo cruel, que exigía del esfuerzo humano más de lo posible con bárbaro ofuscamiento. Refrán que, reflexionando en su origen notorio, conmueve el ánimo: fruto que maduró en suelo regado con lágrimas y sangre. El segundo de dichos refranes recuerda la miserable condición del esclavo, cuya desgracia le puso al nivel de los perros: ¿quién mejor que él pudo inventarle?

El perro ha querido perpetuar su nombre en el tronco de un árbol indígena muy curioso, que se cría á orilla de los ríos y arroyos, en los montes blancos. Llámale *ta de perra*, á semejanza de los brasileños, que le dan en su lengua el mismo nombre (*manmicx de cadela*). Se lo dan á causa de que en la corteza del árbol se forman multitud de prominencias diseminadas que semejan perfectamente los pegones de las perras.

Los arroyos, lagunas y otros lugares de la cuenca del Plata perpetúan asimismo á la especie perruna, llevando su nombre. Púsosele, por haberse hallado en ellos unos ó más perros vivos ó muertos, particularmente cimarrones, pues los domésticos sólo por acaso pudieron ofrecerse en despoblado. Así son conocidos el arroyo del *Perro Muerto*, *Ferra Muerta*, etc. (1)

Los nombres geográficos son páginas históricas que debieran conservarse, no ya para evitar la confusión que ocasiona todo cambio á ese respecto, sino por el interés ó utilidad que ofrecer pudiesen al historiador prolijo. (2) Y; cómo impresiona el ánimo la contemplación de un paraje solitario bautizado con el nombre de *Cristiano Muerto*, *Frailé Muerto*, *Indio Muerto*, *India Muerta*. Allí hubo una tragedia. Allí un misionero, rendido al cansancio, al hambre y á la sed, ó despedazado por el indio salvaje, exhaló el último suspiro, dando gracias á Dios, por haberle concedido la gracia de morir predicando el Evangelio entre infieles.

DANIEL GRANADA.

TU PIANO

LLANTOS

Que entristecen las tinieblas y complican los espantos,
Que el errante bardo pone en la estrofa de sus cantos,
Como lúgubras alhajas de sus rimas de cristal.
Así canta el instrumento la canción en que te abismas,
Como pecho que han herido silenciosas aneurismas,
Con el filo ponzoñoso de sus garras de metal.

COROS

De sirenas obsesoras, cuyos timpanos sonoros,
Cantan ritmos de Oceano, que derrama acerbos cloros,
Sobre el raso de su carne—rosa blanca, rosa en flor—

(1) V. *Diccionario Geográfico Argentino* por don Francisco Latzina.

(2) Los nombres de lugares, así como los apelativos, son mojoneras de la historia, etnología, filología y muchas otras ciencias más. Desde luego mal, y muy mal, hacen los que los remueven y cambian; pues la verdad es que fijan todos los actos de más transcendencia en la vida social y política del hombre.

(Don Samuel A. Lafone Quevedo, *Los nombres de lugares en la Rev. Publ. del Usado Argent.* por don M. B. Trellés.)

Los azules subjetivos de los cielos de verano,
La expresión de los crepúsculos: eso dice tu piano
Como lírica ave obscura de los parques de Almanzor.

NOTAS

Que perturban el letargo de las tétricas marmotas,
Al partir para los chinás y las márgenes remotas
Del país ideal azul, del país de eterno Abril,
Donde sueñan los poetas del amor, pupilas chinás
Que ensangrientan corazones como oblicuas jabalinas:
Eso canta tu teclado como un poema de marfil.

LEOPOLDO LUGONES.

Buenos Aires.

NOCHES DE FIESTA

Yo te vi caminando por la espléndida alfombra
De la estancia fastuosa en que ruina la sombra,
Y su cuerpo ondulante que anhelara la Parca
Osciló como oscila en las aguas la barca
Que hacia la isla nos lleva de los dulces placeres,
De las rosas más rosas y las lindas mujeres.

Por sus labios vajaban animosas sonrisas:
Sus palabras llenaban de cadencias las brisas
Que al salón penetraban por la blanca ventana
En que ella lucía su alto busto de Diana.
Su vestido flotante de color lila y rosa
Realzaba en figura de magnífica diosa.
Y al pasar entre antorchas y bruñidos espejos,
Sus cabellos tenían luminosos reflejos:
Tal el rayo de oro que se quiebra en el vago
Azulado elemento de las ondas de un lago.

Como caen de las rocas las ondas argentinas
Así también caían las extrañas cortinas
Sobre la alfombra del salón recamado. Rosas,
Regias copas, clavales, lirios y tuberosas
Bordado había en la alfombra. Á cantos y verbenas
Dormían soñolientos, como las azucenas,
En los albos y extraños, prolíficos floreros.
Mientras que los felices y amantes caballeros
Cruzaban murmurando palabras de ternura.
Fingiéndose vanas frases de amorosa dulzura,
Mi alma estaba triste como un ave sin alas
Errando melancólica por las mágicas salas,
Por las mágicas salas pobladas de armonías,
Resplandores de gloria, perfumes y alegrías.

Y ella iba triunfante entre el alegre coro
Dando al viento el alegre de su risa de oro.
Al compás de los aires meliosos del piano
Columpiaba su cuerpo de marfil soberano
Y al posar en la alfombra sus pies blancos de Hebe
Parecía un arcángel luminoso de nieve.

Reclinada en el borde de la blanca ventana
Que la rosa purpúrea con su triunfo ergulana,
Ella dijo á mi alma sus dulces confidencias
Como un coro armonioso de secretas señencias;
Y escuché de sus labios que envidiaron princesas
Promesas que quedaron en mi espíritu impresas,
Y volqué apasionado, entre el rítmico ruido,
El amor de mi alma susurrante en su oído.
Las palabras celestes en mi pecho quedaron
Más las mías ¡qué pronto de su pecho volaron,
Como un coro de alondras anhelando otros climas,
Como estrofas de un canto de magníficas rimas!

Anoche escintilaban en la olímpica sala
Y en el jardín, cien blancas luces de Bengala
Que caían copiosas, como un baño de plata,
Sobre el jardín fastuoso y el salón escarlata.
En el parque ondulante tapizado de flores
Oscilaban faroles de variados colores,
Y la brisa llevaba á la oculta floresta
Los alados acentos de la mágica orquesta:
De la mágica orquesta de los suaves violines
Que perlaban sus notas en los ricos jardines:

En la estancia de baile de su bello palacio
La alta araña irradiaba un fulgor de topacio
Que caía inundando los brillantes divanes
Que decoran los niños y los suaves galanes.
Lentamente avanzaban las magníficas damas
De flotantes vestidos, como los oriflomas,
Y las pálidas niñas de las bondas ojeras
Y ojos negros, muy negros, como sus cabelleras,
Iban alegremente por aquellos salones
Y en sus almas llevaban llameantes visiones.

Y también iba ella, con la vista anhelante
Buscando no se qué en la sala vibrante
Que opera en otra hora nuestros dulces agravios,
Y las falsas promesas de sus granados labios;
Deslizando los loves zapatitos de raso
En la manchada alfombra que se alzaba á su paso:
En la alfombra manchada como piel de pantera
Ó el jardín donde impera el hada Primavera,
Como el ave que busca anhelante su nido
Ó la fiera que huye del cazador temido
Así andaba mi alma por la sala fastuosa
Engalanada de oro, de marfil y de rosa.
Después fui con mi alma á errar por los jardines
Que á la brisa ondeaba como un mar de jazmines.
Y en mi pecho sentía como un corto embeleso
Si mi alma dejaba en las flores su beso:
Su beso blanco, blanco como el beso de un lirio,
Como el beso de un astro, cual la cera de un cirio.

Luego hui con mi alma de aquel áureo palacio
Lleno de melodía y esplendor de topacio,
Porque alí en lo más hondo de la gruta encantada
Circundada de blanca luminosa cascada,
Se juntaban dos labios, como dos armonías
Como dos cabelleras, como dos alegrías.

EUGENIO DÍAZ ROMERO.

Buenos Aires.

EL PENSAMIENTO DE AMÉRICA

DOMINGO F. SARMIENTO

Era la mitad de un genio.
GROUSSAC.

Llevaba sobre sus espaldas el peso de setenta años, bien cumplidos, y no desfallecía, no se agostaba; tenía aún la savia del roble secular y todas las nerviosidades de los espíritus juveniles. Su musculatura vigorosa y atlética no permitía que la cabeza pensadora se encorvase sobre el pecho, sostenida por dos hombros fornidos á guisa de columnas, en que descansara la cúpula de un templo.

Cuando se le veía andar, con la frente erguida, en soberbia actitud á lo Dantón, con su balanceo característico, con sus ojos que miraban por encima de todas las cabezas, los ancianos, los jóvenes y los niños dirigían la vista al batallador septuagenario, al publicista valiente y atrevido, con el mismo mesurado respeto y singular admiración con que los habitantes de París veían pasar la fantástica silueta de Teófilo Gautier, ó contemplaban los blancos cabellos de Victor Hugo.

Sarmiento, á pesar de sus evoluciones, de sus traspiés y de sus geniales excentricidades, «ha sido la personalidad más original de la historia argentina», ha dicho Groussac, y han repetido la frase, reconociéndola justa, hasta sus adversarios más encarnizados.

El ciudadano, que de maestro de escuela,

« ó sembrador, que es lo mismo », fué elevándose gradualmente á diputado, senador, convencional, ministro, gobernador, hasta sentarse en el sillón presidencial, — el escalón más alto de la República, — tiene tantos prismas como facetas un diamante. Un examen detenido daría tela para largas digresiones.

Estadista, pedagogo, literato, sus discursos en la asamblea constituyente, sus disertaciones en la cátedra universitaria, sus escritos en la prensa periódica, están marcados por un sello especial, inconfundible.

De un temperamento exaltado, de una organización plétórica, cuyos nervios, como las olas del mar, no lograban serenarse del todo jamás, tuvo en el gobierno períodos magníficos, lampos audaces de hombre de estado, en los que lo acompañaba la opinión, y tuvo también sus caídas estrepitosas, debido á su carácter altanero é irascible, retrocediendo de un salto, con el mismo ímpetu, el camino trillado, naciendo de ahí el epíteto mordaz de *loco* y de visionario, aplicado ya en otros tiempos á Colón, Lutero, y Fulton, que lo trocaron de hiriente y depresivo, en honoroso y elevado. Los *locos* como Sarmiento, se acabaron por desgracia; y los que le calificaron de tal, quisieran haberlo sido como él, para ocupar un sitio en la galería de las personalidades eminentes.

Su carrera pública, agitada por los vaivenes de una democracia naciente y turbulenta, propia de los pueblos jóvenes, llenos de ardor, de entusiasmo y de gloria, — fué de lucha.

Nacido en San Juan — provincia fecunda en personalidades descolantes, — se lanzó á pintarla con los toques violentos de sus pinceles de artista, bebiendo sus inspiraciones en las auras y en las montañas de aquella naturaleza agreste.

Fruto de su inteligencia y de su observación pertinaz, son las numerosas páginas descriptivas, históricas y sociales que diseccionó en el *Facundo* y en los *Conflictos y Armontas de las Razas en América* .

En medio de una sociedad embrionaria en un ambiente en que se respiraba lo refractario, en una zona donde la instrucción no tenía base ni orden, predominando los analfabetos, se incubó el talento de Sarmiento, talento natural y por ende de una solidez indestructible, coronando en la universidad de esta capital sus estudios apenas esbozados.

La ruidosa popularidad de Mitre, Rawson y Alberdi, resonaba en la república y obligaba á la emulación. Sarmiento, consultando sus aptitudes, encontróse con fuerza y resistencia para llegar hasta la meta: estudió, consultó, escudriñó y no desmayó, hasta no ver realizado el ideal, que le daba fuerzas para luchar y para vencer.

Y entonces se le vió batallar con ardor y con fe, multiplicándose para abrirse brecha, con sus escritos fogosos, meditados, de una filosofía avanzada, hasta destacarse en el periodismo como una de sus entidades perfiladas, sobresalientes y netas.

No había tema que Sarmiento no tratase: ya político, económico, constitucional ó literario, con argumentación maciza y erudición amplia; pero donde se realizaba su fibra era en la polémica acre, en la sátira saugriente y en el sarcasmo irónico: hundía al adversario, clavándole en el blanco de sus tiros formidables.

Y en ese terreno no hubiera tenido competidores, si su espíritu turbulento no se hubiese exaltado á la menor contrariedad, hasta degenerar en impropiedades, desbordándose en reiteradas ocasiones como los ríos al salir de cauce, perdiendo la serenidad y la sangre fría que es menester conservar en las situaciones difíciles.

En Valparaíso, adonde huyó perseguido por la ferocidad de Rozas, estableció la escuela normal de preceptores, y sostuvo en *El Mercurio* campañas políticas y debates sobre la sociabilidad chilena, que le obligaron á recurrir á su arsenal de polemista para contrarrestar las filípicas agudas que le endilgaban sus adversarios, poderosos contendores, que nunca faltaron en el diarismo de aquella nación.

Vuelto aquí, su personalidad adquirió acentuación nacional.

Con su propaganda en el estadio de la prensa, en la tribuna parlamentaria, en los consejos de gobierno, « demolió dictaduras, destruyó montoneros y aniquiló el caudillaje indómito y ensoberbecido, fustigando el despotismo con la misma elocuente impetuosa que con fustiga la iniquidad el inolvidable Sheridan. » (1)

De su gira por Europa, Chile y Norte América dejó un libro de impresiones de viaje, curiosas y pintorescas.

En París conoció al republicano Lafayette; en Santiago al historiador Lastarria, y en los Estados Unidos, al educacionista Horacio Mann, con el que sostuvo relación escrita hasta la muerte.

Su obra intelectual es vastísima: inmensa en conjunto y deficiente en detalle. *El Facundo* , aparecido como un sol en medio de las producciones de entonces, fué un acontecimiento para las letras patrias, y ese acontecimiento puede decirse que continúa, pues no se ha escrito aún el libro que pueda sustituirlo.

Tiene los más hermosos cuadros que se han trazado sobre la naturaleza argentina y sobre los habitantes y las costumbres del país, haciendo relucir la civilización y la barbarie por los mágicos golpes de su pluma, que á veces fatiga por su exuberante fantasía, pero que conduce insensiblemente al fin, con una sagacidad comparable á la de Victor Hugo, echando mano de recursos que el vulgo no percibe, líneas tenues é indecisas, que el criterio superior advierte y saborea, admirando los resortes inescrutables de que se vale el genio para iluminar una situación vaga ó dar vida al más oscuro de los héroes.

Sus facultades creadoras se revelaban en

todo: en sus visiones del porvenir y hasta en sus aciertos proféticos.

El pequeño mundo; las imágenes impalpables; los paisajes vaporosos y rutilantes, con sus lunas muertas de un extraño y melancólico efecto en Lamartine, no han sido creados para Sarmiento, que se gozaba en el triunfo de las praderas inundadas de sol, « en la pompa de la flora tropical y en lo vasto de los horizontes sin límites », tocando en los extremos de la grandeza real, teniendo las primordiales cualidades de Andrés Bello, aventajándolo en la originalidad rarísima de su estilo, que si carecía de la pureza gramatical del primero, — el más correcto, prosista *español* en América, — tenía en cambio la consistencia, la elasticidad y la fuerza que le faltó á aquél.

Jefe de los educacionistas y maestro de tres generaciones de argentinos, Sarmiento había nacido para enseñar, y enseñó. Todo su afán, toda su ambición, acabó por cifrarla en ese apostolado.

Sabía decir: — Bástame la satisfacción del deber cumplido, bástame la idea de haber podido ser útil en algo á la juventud estudiantil.

Agradaba verle en el hogar, rodeado de sus nietos que idolatraban al ilustre abuelo, ó en su gabinete atestado de manuscritos, de papeles y de libros, escudriñar en los manuales didácticos que venían de allende el mar, y al hallar alguna innovación para incorporarla á nuestros textos, la alegría se pintaba en las líneas severas de su rostro.

Empapado en las doctrinas filosóficas de Locke y Herbert Spencer, que seguía en sus fundamentos, trató de verter en sus producciones algo más que simples fantasías de mero solaz y llevadero pasatiempo; él marchaba hacia una orilla conocida, tenía marcado un rumbo definido, categórico, concreto; no pretendió abarcarlo todo, camino por el que se termina sin arribar á nada duradero.

Sus reglas y sus tratados pedagógico, se propagaron en las catorce provincias, y su retrato figura al lado de los de Rivadavia y Moreno, en todas las escuelas y colegios de la república.

Las sendas abiertas por él en nuestra literatura naciente, han creído seguirlas algunos prosistas, que no han hecho sino girar en su torno, como pálidos satélites al redor del disco solar, apagándose en seguida, por la exigua luz de sus rayos macilentos.

Este anciano venerable y augusto, tan soberbio con los potentados y los mandones, amaba á los desgraciados y á los débiles.

Le placía ver á las criaturas sonrientes y alegres dirigirse en grupos á las escuelas; las acariciaba paternalmente al pasar, descubriendo los tesoros de ternura que el león escondía en su alma y que el rígido semblante de « Sócrates severo » á menudo traicionaba.

Sarmiento ha legado un bello ejemplo á la juventud intelectual del continente. A los setenta y seis años no abandonaba todavía la arena del combate; y la luz de su cerebro,

(1) Osvaldo Magnasco, *Discurso en la tumba de Sarmiento* .

lejos de debilitarse con la vejez, continuaba desde la Asunción señalando a la América el camino del porvenir.

De sus postreras páginas literarias escritas en el Paraguay, adonde se dirigió, en busca de climas más propicios para su salud quebrantada, y en donde murió, arrancó esta profecía, que fué la última vibración de su pensamiento:

Es la humanidad una tierra dura é ingrata que rompe las manos que la cultivan, y cuyo fruto viene tarde, muy tarde, cuando el que esparció la semilla ha desaparecido.

Luis BERISSO.

Á la adorable

I

Hierve sangre americana
En tus labios de amapola
Y eres, por tu andar, manola
y por tus ojos, sultana.

II

Tu voluptuosa pupila
Es un derroche de luz,
Y tu donaire andaluz
Pide un mantón de manila!

III

El negro cabello asombra
Á tu faz radiante y bella;
¡Junto al brillo de la estrella
Siempre hay un fleco de sombra!

IV

Te gustan mucho las galas
Que el cielo ha puesto en las aves;
¡Tus hombros de curvas suaves
Cómo poseen dos alas!

V

Tanto es mi amor que los celos
Ya me clavan sus saetas;
Si en tus sueños hay Julietas,
En los míos hay Otelos!

VI

¿Quién, al ver lindura tanta,
Poeta no se ha sentido?
Por tí mi pecho es el nido
De un corazón que te canta

VII

Como la escala de seda
Del Romeo de tus sueños,
La escala de mis ensueños
En tus balcones se enreda;

VIII

Y hasta el bollo jazminero,
Que en tus balcones descuella,
Sube una estrofa por ella
Á decirte que te espero.

IX

Y si esta inmensa pasión,
Muerta algún día te ve,
En tu sepulcro pondré
Una flor: mi corazón.

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

ARTIGAS (*)

SEÑORAS; SEÑORES:

Cuando todavía resuenan en los aires las voces entusiastas que brotaron de todos los ámbitos de la República—con la misma espontaneidad con que surjiera en el país el levantamiento colosal de 1811—para aclamar y victorear la figura ciclopea del vencedor esclarecido de Las Piedras, en el aniversario memorable de su natalicio; voces, que no consiguieron apagar los formidables gritos de indignación y de protesta, con que el mundo civilizado condenaba con todas las energías de su alma, la conducta del criminal cobarde que hundió el puñal alevoso en el corazón del noble Carnot, arrancado á la vida en los instantes supremos, en que trataba de afirmar en su patria y en el mundo entero, las libertades y los principios surgidos de aquella catástrofe tremenda que conmoviera el universo todo; cuando todavía, repito, no se han extinguido aquellas voces brotadas al calor del entusiasmo y el patriotismo más ardiente, que —penetrando á través de la losa que cubre el sepulcro sagrado del caudillo—irían tal vez á interrumpir el silencio profundo de su tumba, haciendo estremecer de entusiasmo y regocijo sus cenizas venerandas, el pueblo de San José, que siempre se distingue por su ilustración, cultura y patriotismo, celebra hoy esta simpática fiesta, con la que, al mismo tiempo que conmemora el glorioso aniversario de la jura de la Constitución de la República, rinde justo homenaje y merecida veneración al esclarecido fundador de la Nacionalidad Oriental, el ilustre general don José Gervasio Artigas.

En medio de este brillante festival, donde todo es color, luz y armonía; donde la Música, la Poesía y la Oratoria ostentan representantes ilustrados, mi palabra será la única sombra que empañe su vivido resplandor, mi palabra será la nota pálida y sin luz que formará contraste resaltante con las que vibrarán esta noche deleitándonos con sus suaves y dulces armonías. Pero no importa! Así como el pincel inteligente se sirve de la sombra para hacer resplandecer la luz con mayor intensidad, así también mi palabra con sus sombras densas hará que parezca más brillante la intensa y viva luz que arrojen las demás.

Dejadme, por lo tanto, que pueda yo también tejer con las flores más preciadas de mi inteligencia juvenil una modesta corona que, depositada en la tumba gloriosa del caudillo, lleve en todos los pétalos humildes de sus flores, un pedazo de mi alma entusasta, que palpita á impulsos del patriotismo más sincero y más ardiente!

Las Provincias Unidas del Río de la Plata, cual gigantes vencidos por el cansancio y la fatiga, dormían el sueño profundo del

colonije corruptor. Los rumores del caudaloso Plata y del Uruguay mudoso, no tenían la virtud de despertarlas de aquel sueño. Lor gorgeos armoniosos del ruiseñor americano que habita en la espesura de la selva, y el grito del cóndor altanero que roza con sus alas poderosas las nieves de las cumbres empinadas de los Andes—con los que parecían cantar la hermosa libertad americana—no resonaban en sus oídos, siempre sordos á todo llamado entusiasta, á toda voz progresista, á todo grito generoso!

Parecía, si se me permite la frase, que dormían el eterno sueño de la muerte!

Pero de súbito la vieja y agitada Europa tiembla y se estremece.

Es teatro de un cataclismo formidable, de un acontecimiento trascendental que debía marcar una nueva época en la historia, que debía tener universales proyecciones á través del tiempo y del espacio.

Surge esplendorosa la imponente Revolución Francesa, cuyos dogmas y principios inmortales infunden el pavor en el ánimo ofuscado de los monarcas absolutos de la tierra, cuyos tronos encumbrados se conmueven y amenazan desplomarse cuando llega hasta ellos el fatídico rumor producido por la siniestra guillotina al tronchar la cabeza coronada de un monarca que hasta entonces se juzgara omnipotente y poderoso. Á la faz del orbe entero se reconocen y formulan para siempre los sagrados derechos del hombre, derechos dictados por la razón soberana, y ante cuya grandeza y majestad se inclinan reverentes los bárbaros tiranos y los audaces opresores de los pueblos!

Uno de sus resplandores inmortales — salvando la distancia inmensa que de la turbulenta Europa nos separa—se refleja sobre la frente virgen de la América, y la despierta del letargo profundo en que yacía sumergida, como el astro rey despierta á la virgen pudorosa en el instante en que sus fulgentes rayos penetran por las rejas de su alcoba y van á reflejarse sobre su rostro inocente. . . .

Entonces el virgen suelo americano — que estaba acaso destinado á ser la espléndida morada de la Diosa Libertad — se agita y se conmueve. El 25 de Mayo de 1810, fecha memorable que está esculpida en las páginas de oro de la historia, se lanza el gigantesco grito de ¡libertad! ¡libertad! que — repercutiendo formidable en todo el extenso territorio de la América del Sud — alumbró con sus fulgores soberanos todos los cerebros hasta entonces entenebrecidos, é hizo latir y palpitar todos los corazones á impulsos del entusiasmo generoso!

El grito de Mayo, que resonará eternamente en las bóvedas sagradas del Panteón eterno de la Historia, encontró eco entusiasta en los pechos generosos de los colonos de la América del Sud. El grito de Mayo fué, por decirlo así, la aurora rosada de un nuevo día; fué el relámpago siniestro, precursor del rayo formidable que iba á fulminar á todos los tiranos odiosos de la América, esa perla hermosa que el genio

(*) Discurso pronunciado por su autor en una fiesta literaria celebrada en la ciudad de San José de Mayo, en honor del general don José Gervasio Artigas.

arrancara del fondo sombrío de los mares sólo para engazarla en la corona triunfal que circunda las sienes altivas de la Diosa Libertad; fué, por último, la voz de guerra que iba á encenderse en todas las colonias cansadas de soportar el peso abrumador de la oprobiosa esclavitud y el despotismo infamante, y que no debiera apagarse hasta tanto no luciera en su hermoso cielo azul el Sol dorado de la libertad que reflejaría sus rayos soberanos sobre la frente altiva de los hijos de la América, en cuyos semblantes brillarían el regocijo y la alegría al contemplar, después de lucha gigantesca y cruentos sacrificios, la realización completa de sus aspiraciones levantadas é ideales generosos!

Desde entonces todos rivalizan en perseverancia inquebrantable, en esparzana abnegación, y en actos gloriosos de heroísmo, por obtener el triunfo completo y definitivo de los principios fecundos de la Revolución que abría á todos los pueblos de la América nuevos rumbos y nuevos horizontes dilatados. Balcarce se inmortaliza con la batalla gloriosa de Suipacha, que tuvo tan hermosas consecuencias, y que fué la primera palma, el laurel primero que coronó las armas revolucionarias! Belgrano, en las rientes márgenes del Juramento, jura solemnemente la hermosa bandera de los colores del cielo, bajo cuyos anchos pliegues se arrodillara humilde la Victoria, en las jornadas inmortales de Salta y Tucumán! Bolívar, en el Norte, lucha, desplegando las fuerzas de un titán, por la re-ización definitiva de los ideales luminosos de aquella revolución famosa en los ana es de la historia! San Martín, el inmortal, después de « brindar por la primera bala que se arrojó del otro lado de los Andes contra los opresores de Chile » emprende la gigantesca empresa de trasmontar el Ande altivo, en cuyas nieves dejara su nombre glorioso esculpido para siempre, y va arrogante á Lima, á clavar el pendón celeste y blanco en las almenas empinadas del castillo en donde poco antes el tirano se creyera omnipotente y poderoso!

Y en la márgen izquierda del Uruguay undoso, que tantas veces le viera atravesar, también combate cual bravo atleta nuestro caudillo altanero, que, como lo dijo el poeta, ostentaba « el orgullo del cóndor en la frente », por los santos ideales de la Revolución, sonriéndole el sol de la victoria en la santa jornada de Las Piedras, la segunda palma, el laurel segundo, tan glorioso como el de Suipacha, que cñió la frente de los heroicos próceres de Mayo, y que hizo renacer la hermosa luz de la esperanza en los espíritus abatidos por el desaliento y el desmayo!

Bastaba que acreditara Artigas el título glorioso de vencedor de Las Piedras para que se le abriese de par en par las puertas del sagrado templo de la inmortalidad y de la gloria, y para que sus encarnizados detractores no se hubieran ensañado tanto contra su ilustre personalidad tan discutida!

La figura histórica de Artigas, á quien hoy rendimos merecido culto y homenaje, ofrece uno de los ejemplos más palpables

en la historia, de que el imperio de la mentira y la calumnia es completamente pasajero y transitorio, y que más tarde ó más temprano es reemplazado por el reinado definitivo y permanente de la razón y la verdad.

Ayer, cuando la pasión extraviaba todos los espíritus, el esclarecido patriarca de los orientales era el blanco donde se clavaban los dardos acerados de la calumnia destructora; se le llamaba, *el caudillo sanguinario*, pero hoy, cuando la luz radiante de la verdad se abre camino en todas partes, su rehabilitación se impone, y brillan sus virtudes, y sus glorias resplandecen, y la gratitud nacional le decreta la apotheosis, le levanta en alto y glorioso pedestal, y perpetúa eternamente su memoria veneranda en el mármol y en el bronce!

Artigas, digan lo que quieran los que se empeñan en tergiversar los hechos y oscurecer su gloria, se nos aparece siempre majestuoso, siempre imponente y siempre grande! En él se encarnaban ideas luminosas que debían decidir de los destinos y del porvenir de los heroicos pueblos bañados por las aguas cristalinas del Uruguay y el Plata caudaloso.

Grande se presenta Artigas acaudillando aquellas furiosas montoneras que también tenían que cumplir su misión en la historia, como los bárbaros que invadieron el caduco Imperio Romano, y cuyos potros indómitos dejaron estampadas sus huellas imborrables en nuestras cuchillas y nuestros cerros, y en cuyas banderolas se inscribieron las hermosas ideas federales; grande se presenta Artigas, salvando en el Plata la brillante democracia, como dice el doctor Juan Carlos Gomez, uno de sus más terribles adversarios, nacido en nuestro suelo; grande se presenta Artigas, desplegando una perseverancia inquebrantable y un heroísmo sobrehumano, á pesar de sus derrotas, de en medio de las cuales, cual nuevo Fénix, se levantaba más altivo y más furioso á acometer de nuevo al enemigo formidable; grande se presenta Artigas en aquella famosa peregrinación hasta el Ayuí, seguido de todo un pueblo que admiraba en él la resplandeciente imagen de la Patria; grande se presenta Artigas luchando como un bravo por la autonomía y los derechos de la Provincia Oriental, contra porteños, españoles y portugueses; grande se presenta Artigas cuando en momentos angustiosos brotan de sus labios aquellas palabras que todos recuerdan con admiración y con asombro: « No venderé el rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad! »

.....
Señores: advierto recién que estoy abusando de vuestra generosa indulgencia, y voy por tal motivo á abandonar la tribuna, no sin antes pedirlos que en el monumento que se alzará altivo en el centro de una de nuestras plazas, para perpetuar la memoria del fundador de la Nacionalidad Oriental, se inscriban aquellas palabras pronunciadas por nuestro caudillo, al decretar la fundación de la Biblioteca Nacional, y que sintetizan los ideales y las aspiraciones de todo pueblo culto y civilizado:

« Deseo que los orientales sean tan ilustrados como valientes. »

He dicho.

HERMINIO C. NÚÑEZ.

IDEA VULGAR

Hay tanto de estulticia en el pedante
Que do sabio blasona,
Cuanto do sabio en su concepto abona
El que es, y lo confiesa, un ignorante.

La modestia enalteco
El mérito mediano;
Pero la presunción empedregado
Toda virtud del hombre necio y vano.

PEDRO COSIO.

VIA CRUCIS

Cubre negro crespón desventurado,
Cual símbolo luctuoso,
Al Sol immaculado
Del fulgurante lábaro glorioso.
Lloran las tiernas liras
Con funerarios, trémulos plañidos,
Brotando clamorosos de sus cuerdas,
Raudales desmayados, los gemidos.
Brilla el lejano cielo
Como azarosa túnica sangrienta;
El inválido suelo
Tiránica sacude la tormenta,
Y el trueno flagelante,
Como una bomba, colosal, revienta.
Sobre las verdes lomas
Que eran ayer como mansión querida,
Cual túlamo de flores y de aromas,
Se alza la cruz dormida
Anunciando, cual sombra dolorida,
El sitio de los fúretros, las tumbas.
Y á ratos, sonoro,
Heraldo tremulante de la muerte,
Interrumpe fatídico el silencio
El sordo rebramar de la contienda,
El áspero fragor de la batalla;
Y el grito que volcánica y horrenda
Sobre los campos vierte
Relámpago furioso, la metralla.

II

Es que luchan, allá, sobre los llanos
Que cuando el Sol fulmina
Se divisan cual mares rumorosos,
Que extienden sus riberas
Desde los altos montes
Hasta el tronante piélago infinito,
Buscando aventureros
El beso de los patrios horizontes.
Donde la grey patriota,
Cual ríñaga incoada
Que de los antros brota,
Á las sólidas huestes castellanas;
Y al fiero lusitano,
En los rudos combates que recuerda
Nuestra brillante historia,

Girón resplandeciente de la gloria,
Morder hicieron, inclitos centauros
El polvo abrumador de la derrota.
Dónde vagan de noche,
Como seres del mundo del misterio,
Cual fantasmas del triste cementerio,
Espectros legendarios,
Las sombras sacrosantas
De Artigas, de Rivera y Lavalleja.
Dónde á ratos reviven,
Cual rugidos de lucha de colosos,
Las voces maldicientes
Que surgieron, apóstrofes ruidosos,
Del pecho de los bravos combatientes,
Y donde brama, nuncio de agonía,
Al entonar su cántico agorero
Que retumba en la cúspide sombría,
Cual hábito gigante, el pampero.

III

¡Y luchan entre hermanos!
El plomo fratricida,
Clamor de la catástrofe suicida,
Cual chispa centellante
Que baja, que destroza y que fulgura,
Quemando delirante
Con ósculo de fuego la llanura,
Troncha, letal, la misera existencia
De los valientes hijos
De mi animosa, dolorida patria,
Que contempla los lúgubres combates
Vertiendo de sus ojos,—que parecen
Estrellas fulgurantes
Cuya luz apagarán envidiosas,
Arcángeles sacrílegos, las nubes,—
El llanto de los dioses;
Á sus pies vacilantes
Se divisa, simbólico, el escudo,
Marchitos como flores espirantes
Los laureles radiantes;
Y en su mano nerviosa
Con celajes de lóbregos incendios,
Siniestra reverbera,
Manchada con la sangre generosa,
Nuestra celeste y fulgida bandera.

IV

La guerra que en otrora,
En los trágicos tiempos
Que cual mística ofrenda
Oculto soñadora la leyenda,
Cuando el hombre salvaje despertaba
Al fructífero beso
De las auras benditas del progreso,
Fué lumínico fecundo
Que al extender sus rayos bienhechores
Por los campos de muerte y de dolores,
Favoreció la evolución del mundo:
Depurando las razas
En la fragua de horribles hecatombes;
Y al forjar como rígido Vulcano,
Al rojizo fulgor del firmamento,
El secular y rústico cimiento
De las viejas naciones,
Es hoy asolador del universo,
Retrógado maldito,
Cuyo horror el espíritu dispensa
Tan solo al combatir por la defensa.
Y es tirano más duro y execrable
Cuando idólatras bandos enardece;
Y sin fe, sin dolor y sin sosiego,
Plutón inexorable,
Con suspiros aligeros de fuego
Las negras lontananzas esclarece.

V

Baje, Señor, el genio bondadoso
Que suaviza, inefable, las pasiones
Á detener el brazo,
Estrechando á los yertos corazones
En fraternal abrazo,
Y á despertar el muerto patriotismo
Atleta aletargado,
Que salve, presuroso, del abismo
Á la cándida ungueta de la gloria!
Á la tierra adorada!
Á la patria marcial de la victoria!
José SALGADO.

TRES EDADES

Á Guzmán Tapini y Zas.

Inspiraste pasión á un libertino
con tus encantos é infantil donaire
y la pureza de tu sér divino,
en la feliz edad que no se olvida,
la edad feliz en la que todo es aire
en el jardín risueño de la vida.

Fuiste más tarde mi ilusión querida
y á mis ansias cediste, y á mi ruego,
en la edad bella en la que todo es fuego
en el huerto fecundo de la vida.

Obedeciendo á tu fatal destino,
vuelves á ser pasión de un libertino,
hoy, que ya no eres planta florecida,
y sí una estrella pálida en el cielo,
en la edad triste en la que todo es hielo
en la llanura estéril de la vida.

Otto MIGUEL CIONE.

MEDICINA LEGAL

(Continuación)

HOMICIDIO Y LESIONES CORPORALES

II

Cuestiones periciales.—I.—Es muy difícil hacer una lista de todas las cuestiones que pueden presentarse á los peritos en los casos de homicidio y lesiones traumáticas, por tratarse de cuestiones muy diversas y raras, con más el aditamento de que de cuando en cuando se presentan algunas nuevas. En corroboración de esto último se citó en clase el siguiente caso que había aparecido publicado en los «Anales de Medicina Legal», revista francesa:—Habíenlose preguntado á los peritos que determinasen si las manchas de grasa que existían en las ropas de unas personas carbonizadas, eran de grasa humana ó no, es decir, animal ó vegetal (aceites); se buscaba con esta investigación establecer si habían sido bañadas con aceite para facilitar la combustión, ó si por el contrario, esas manchas provenían de las materias grasas del cuerpo humano, que se habían impregnado en las ropas de los quemados.

Apesar de esta diversidad de cuestiones, se pueden formular muchas cuestiones generales, que son pertinentes á ciertos casos, y útiles siempre, con objeto de hacer un estudio rápido de ellas. En lo tocante á las lesiones, la cuestión más importante estriba en determinar *si un sujeto ofrece una ó más lesiones*; y este examen debe practicarse siempre (por más que el juez tiene conocimiento de que el individuo las presenta), pues la respuesta afirmativa de los peritos es necesaria, entre otros motivos, para que se pueda asentar constancia de su existencia en el proceso. Otra cuestión se presentaría en el caso de preguntar á los peritos si una persona lesionada podrá ser objeto de ciertas interrogaciones, ó si puede ser trasladada de un lugar á otro. Lo primero, buscado con objeto de aclarar el punto dudoso que se presenta, se impone, desde que se desea saber si las lesiones han perturbado su inteligencia hasta el punto de que no pueda contestar cuerdaamente lo que el juez le pregunta; lo segundo, es necesario determinar, pues la traslación puede acarrear serio peligro para la salud del sujeto. Esta segunda cuestión consiste, pues, en determinar *si el agredido se encuentra en estado de prestar declaración ó de ser trasladado á otro paraje*.

Generalmente lo más importante no es determinar la existencia ó no existencia de las lesiones, debido á que éstas están de manifiesto. Lo que interesa más es la *investigación del ó de los objetos que han producido las lesiones*. Ésta constituye la tercera cuestión.

Ante todo, empecemos por dar algunas definiciones que ayudan siempre mucho el estudio de estas cuestiones y otras análogas. *Lesión*, es todo vestigio físico, dejado en el cuerpo del agredido por un agente traumático. Y se dice traumático porque un veneno podría ocasionar lesiones. y, sin embargo, no estaría comprendido en este caso. *La herida* supone la separación de los tejidos, mientras que la lesión no implica necesariamente la efusión de sangre. *Lesión*, es una voz genérica; la herida, específica; todas las heridas son lesiones, pero no todas las lesiones son heridas.

Algunos declan que las lesiones eran los vestigios dejados por las armas, entendiéndose por *armas* todos los utensilios que pueden usarse para atentar contra la vida de una persona. Sin embargo, en esta definición se comprende algo más que lo que se debe considerar por armas, pues un martillo, una silla, entrarían en esta definición, por cuanto con ellos se puede atentar á la vida de las personas. También se dice que es arma todo utensilio expresamente destinado á atentar contra la vida de las personas. En general, entendemos por tal, *á todo utensilio que se use para atentar contra la vida*.

La determinación de con qué armas se han producido las lesiones es muy conveniente para el Juez, pues con su resolución tiene la mitad del camino andado.

Las armas, teniendo en cuenta el instrumento que produce las lesiones, se dividen en dos clases ó grupos: *blancas* y *de fuego*. Las armas blancas son aquellas que actúan

por sí, directamente, para producir sus efectos; las de fuego, á distancia, por los proyectiles que despiden, siendo el arma, una máquina, y el proyectil, el agente de la muerte. Esta clasificación es clarísima, y, sin embargo, podría por su misma claridad, traer confusión; así, p. ej. el arco y la honda, que no son armas de fuego, obran, sin embargo, de una manera indirecta. Afortunadamente, como estas armas están en desuso y van desapareciendo, aunque oscurezcan la clasificación, ésta se puede admitir, porque no se presentará esa confusión, dado que rarísima vez podrá originarse.

II. — *Armas blancas.*—Las armas blancas se dividen según el modo de actuar en: cortantes, punzantes, contundentes, dilacerantes y mixtas; siendo estas últimas, las que actúan de diversos modos, pudiendo ser punzo-cortantes, perforo-cortantes, corto-contundentes. Así, un hacha, que actúa por el filo, y se puede usar como maza, es un arma corto-contundente.

Son *armas perforantes*, las que actúan por una extremidad aguda. Son *cortantes*, las que actúan por una línea muy aproximada á una recta, separando los tejidos. En las *contundentes* y *dislacerantes*, la fuerza se aplica por una superficie, uniendo los tejidos en las primeras, p. ej., un garrotazo, y separándolos en las segundas. En las contundentes, la fuerza es centrípeta; en las dilacerantes, centrífuga, p. ej., un mordisco. La diferencia estriba, pues, en la manera como se aplica la fuerza.

Bajo el punto de vista quirúrgico, las formas de las heridas y el estudio de las armas que las han ocasionado, no tiene importancia, pues la misión del cirujano es curar. Ahora, para el médico forense su estudio es esencial.

a.) *Las armas perforantes*, como dijimos, actúan por la punta, separando los tejidos, sin distribuirlos. Las heridas que ocasionan bajo el punto de vista médico-legal, son de gran importancia, presentándose á veces el caso de que una herida pequeña, de poca profundidad, reviste sin embargo suma gravedad, como sucede en las heridas ocasionadas con un estileto.

Las heridas causadas por armas perforantes, no recuerdan la forma del arma, aunque puedan asemejarse; y esto es debido á que, como no cortan, sino que simplemente separan los tejidos, resulta que las heridas son lineales y no cilíndricas. Al herir el arma separa las fibras musculares y cuando se saca el arma del cuerpo, vuelven á juntarse, tomando una dirección caprichosa, que es la de las fibras en su posición primitiva.

Más aún, esta clase de heridas variarán siguiendo la dirección de las fibras musculares; si éstas son horizontales, serán horizontales; si verticales, de esta misma clase. Guibert trae la figura de un feto acribillado de heridas hechas por armas de esta clase; todas tienen formas diferentes, lo mismo que distintas direcciones, de arriba para abajo, transversales, á pesar de haber sido hechas con la misma arma, lo cual, como ya se ha dicho, se explica teniendo en cuenta que las heridas siguen la dirección de las fibras, en la parte donde se hiere.

Generalmente estas heridas presentan un

trayecto mayor que la longitud del arma, y así, se han visto heridas de 15 centímetros hechas por un arma que solo tenía 10, debiéndose esto á la más ó menos compresión de los tejidos. Si estos están comprimidos la herida tiene la misma longitud del arma, pero en cuanto vuelven los tejidos á su posición natural, el arma entra inás facilmente y las heridas resaltan más largas que el arma empleada, llegando á tener un trayecto de quince ó más centímetros.

Acontece á veces que una herida con una sola abertura de entrada, presenta sin embargo diversos trayectos en los tejidos. Esto se puede explicar así: un individuo acomete á otro y lo hiere una sola vez, introduciendo el arma en su cuerpo; después, sin sacarla del todo, la retira algo dejando una parte de ella adentro de la herida. En este estado se la hace entrar del todo de nuevo, pero en lugar de seguir la dirección de antes, se desvía el arma á uno ó mas lados, presentándose así el caso de una sola abertura con varios trayectos.

b.) Las lesiones producidas por las *ARMAS CORTANTES* son ocasionadas por un instrumento que tenga filo, que actúe por una línea, separando los tejidos; diremos aquí de paso, que las distintas maneras de obrar las armas, las asimilamos: á un punto si son producidas por arma punzante; á una línea, si por armas cortantes; á una superficie, si por contundentes; y esto, con el solo fin de ayudar la memoria, sin pretender que esas designaciones, expresen de una manera acabada la forma de las armas que han servido de agentes en las lesiones.

Tratándose de las heridas por armas cortantes, puede someterse á los peritos la determinación de la longitud de las heridas y como segunda cuestión, la investigación de la dirección de las mismas. Esta segunda cuestión, tiene más importancia de lo que á primera vista parece, pues su resolución lleva á distinguir en algunos casos un homicidio de un suicidio, como se vea. Supóngase que se encuentra á una persona degollada y establece por los peritos que la herida empieza del lado izquierdo concluyendo su extremidad en la derecha. Esta herida puede ser el efecto de una lesión practicada por el mismo sujeto, pues las heridas que se ocasionan los suicidios en el cuello tienen esa dirección especial. Ahora, supóngase el caso contrario, es decir, el que la herida vaya de derecha á izquierda del cuello. Esto hará suponer que la lesión ha sido producida por una persona distinta de la que es la víctima, pues, á no ser que el suicida sea zurdo, la herida seguirá la dirección de izquierda á derecha.—Como se vé, estas son cuestiones importantes, si bien advertiremos aquí de paso, que la resolución de ellas, no es tan fácil como parecería á primera vista. Sin embargo de ello, es conveniente proponerlas á los peritos, porque en algunos puede ser posible su resolución fundada.

Puede darse el caso de que la herida proveniente de un arma cortante sea de gran abertura, de labios considerables, y sin embargo, el arma tener poco espesor. Por consiguiente la separación de los labios de la herida no debe tomarse como una base fa-

tal. Todo depende de la dirección del corte: si éste es paralelo al eje de la parte valnerada y sigue paralelamente al eje de los tejidos, la separación será pequeña; si, por el contrario el corte es trasversal á los tejidos, tendrá que ser por necesidad grande.

Las heridas producidas por estas armas son casi siempre mortales, pues interesan venas y arterias, cortándolas; lo que no sucede con las debidas á las armas perforantes que resbalan por lo general al encontrar una vena ó arteria, sin interesarlas. Las armas cortantes son bravas, no se deslizan, y producen hemorragias al cortar los vasos. Sin embargo, pueden revestir el carácter de leves, como lo son cuando afectan la cavidad abdominal y otros órganos análogos de gran movilidad, pues en otros casos, no siempre son mortales. Así se citó en clase el caso de una persona que recibió una herida de esa naturaleza en el estómago la cual fué considerada por dos ó tres médicos y por el Dr. Regules y otro como leve, fundándose estos últimos, en que no había habido vómitos de sangre, ni salida de alimentos por la herida. Este pronóstico se cumplió pues á los pocos días quedó buena y sana, la persona herida. La herida de Carnot fué mortal, dice el Catedrático del aula, por la naturaleza propia del órgano lesionado, el hígado, que es una viscera fija y por la hemorragia traumática-hepática que sobrevino. Si la herida la hubiera recibido algo más abajo, en el abdomen, no hubiera sido de consecuencias.

c.) Las heridas por *armas contundentes*, son las producidas por un agente que actúa sobre una superficie, juntando los tejidos; es una fuerza de acción centrípeta, mientras que en las dilacerantes es centrífuga. De esta clase de heridas serían las sobrevenidas á consecuencia de un garrotazo, un puñetazo, una topada. En esta clase de lesiones pueden producirse heridas y también puede no haberlas. Así es que en el dictamen puede no hacerse referencia á las heridas.

En este lugar, conviene estudiar la *equimosis*, la cual no es otra cosa que lo que vulgarmente se denomina con el nombre de *moretones*.

Sucede con frecuencia que la forma de la equimosis denuncia la forma del agente productor de la lesión. Así, p. e. si proviene de una patada de caballo y sobre todo si éste está herrado, la forma del moreton será el de una herradura; mientras que dejará la forma de una línea, si ha sido producida por un cuerpo filiforme, como un látigo. La extensión del equimosis es en general mayor que la del cuerpo que la produjo.

El equimosis, que no es mas que sangre extravasada, aparece (dato que debe tenerse en cuenta) después de varios días. Este dato conviene sea tomado en consideración por el Juez, por la razón siguiente: puede darse el caso que una persona denuncié á otra por lesiones y que ordenado el reconocimiento pericial por el Juez, los médicos no ven vestigio ninguno de la contusión, y, repito más tarde este reconocimiento por otro perito, se constata por éste la existencia de una equimosis que denuncie la existencia del golpe. El Juez á primera vista

podría sospechar: ó ya que el primer perito no reconoció bien ó que lo ha engañado pues no ha dado cuenta de las señales que el perito posterior ha constatado. Sin embargo, esto se explica, porque como ya se ha dicho, el equimosis no aparece inmediatamente de la contusión ó golpe.

Puede aparecer el equimosis del lado opuesto de aquel donde se hizo la contusión, es decir, por contragolpe. Ejemplo: está un individuo cerca de una pared, recibe un trompazo en la cara y choca con el otro lado de la cara en la pared, etc.

Estos equimosis ofrecen coloraciones y son debidas á las transformaciones que sufre la sangre antes de ser absorbida, pues los globulos sanguíneos se descomponen en pigmento, en parte amorfo y en parte cristalizado. Algunos equimosis no cambian sin embargo, de color, como sucede con los de la conjuntiva; y esto se debe, á que como ella es una membrana tan tenue, tan fina, la sangre estravasada en ella, está en contacto con el oxígeno del aire, y al oxigenarse adquiere ese color permanente. Hay que tener en cuenta que las mujeres, los niños y los viejos tienen suma facilidad para la adquisición de moretones, debido á la estructura delicada de su piel, bastando oprímirselas suavemente para que salga un equimosis.

Las lesiones por armas contundentes suelen á veces presentar poca importancia ostensible y, á pesar de ello, producir desgarros internos incompatibles con la vida; desgarros de resultados fatales por el destrozo de las vísceras blandas, como el pulmón, hígado, estómago, etc.

A propósito de las contusiones sucede una cosa curiosa y que sin embargo no tiene nada de anómala. Este hecho es el de que se produzca la muerte sin lesiones visibles. A estos casos de muertes se les llama *muerter por inhibición* y son de suma importancia para la Medicina Legal. Se entiende por muerte por inhibición *la supresión de una función por acción refleja*, es decir, inconscientemente. Estos casos son muy raros; sin embargo, se citan algunos por los autores, como ser el de aquella persona que encontrándose en una fiesta en compañía de otras, tuvo un altercado con un sujeto, recibiendo una patada en el vientre, la que le ocasionó una muerte instantánea. Verificada la autopsia solo se le encontró una pequeña equimosis del tamaño de una lenteja en los intestinos, muriendo á consecuencia de la suspensión de la función circulatoria ó respiratoria. Hay ciertas regiones que son muy delicadas para los golpes: en el hombre el cuello y el estómago y en las mujeres, además, el útero.

Los casos de muerte por inhibición pueden con frecuencia despistar al más lince. Así, p. ej., á un individuo se le dá un golpe en el cuello y muere, colgándose en seguida de un árbol para aparentar la extrangulación. Como en este caso no puede haber asfixia, no hay estrangulación, explicándose el hecho como un caso de muerte por inhibición.

Otras veces estos traumatismos producen alteraciones especiales en los centros nerviosos, los cuales pueden ser muy importan-

tes como detalles; tales son: la *convulsión*, la *congestión* y la *contusión*. La convulsión ó estremecimiento es el sacudimiento del órgano sin destrozo, lo que produce un aplastamiento y sus efectos varían según la fuerza del golpe. Puede suceder que una persona después de recibir una lesión se encuentre acometida del delirio traumático que en definitiva no es más que locura; si comete algún delito ¿atenuaría el delirio su responsabilidad? Supóngase el caso siguiente: un individuo agrade á otro, se traba en lucha con él y le dá la muerte, pero no sin que antes reciba un buen garrotazo, p. ej., que le produzca el delirio traumático. En este caso, podría dudarse de si esa locura, que es debida única y exclusivamente á la lesión traumática recibida, existía antes de la lucha, lo que podría traer la consecuencia de eximir de responsabilidad á un individuo realmente culpable de homicidio. En los borrachos es común este delirio después de la contusión y aún mismo después de una operación, la cual no es más que una lesión traumática.

Tratándose de lesiones contundentes se dá á veces con el agente productor de ellas, mientras que otras ocasiones, cuando esto no es posible, se saca su forma por la forma de la lesión ó por otras circunstancias.

d.) Las lesiones por *armas dilacerantes*, son las producidas por pinzas, por mordizcos, por las manos, etc., siendo este último medio poco frecuente. Generalmente las armas dilacerantes son empleadas por las mujeres, pues es muy raro el hombre que vaya á acometer á otro con las uñas ú otros instrumentos análogos. Se cuentan casos de mujeres que han arrancado con las manos los testículos á los hombres. El dolor que producen estos desgarros es insufrible, hasta producir convulsiones horribles.

Poco hay que decir sobre esta clase de lesiones, las cuales son por otra parte raras, viniendo más bien de accidentes, de eventualidades y no de la acción directa del hombre. Los desgarros pueden ser frecuentes en las fábricas, en que una máquina le lleva la mano á un obrero al menor descuido ó en otras circunstancias análogas. Para evitarlos se toma la precaución de adoptar en estos casos ropas de poco vuelo, mangas angostas, pero cortas, etc., impidiendo así que una máquina los agarre y destroze.

La forma de estas heridas es irregular y su extensión varía según el instrumento y la violencia con que este actúa.

III.—*Armas de fuego*.—En estas el arma es el medio; la fuerza está dada por la expansión de la pólvora, mientras que en las blancas la fuerza la dá el brazo. La pólvora, cuerpo sólido, al inflamarse y pasar al estado de gas, aumenta considerablemente de volumen, desarrollando una fuerza de expansión inmensa, dando salida al proyectil, el cual actúa como un agente contundente, magullando y destruyendo los tejidos que encuentra á su paso.

Las cuestiones á estudio del perito en esta clase de armas, son: el *agujero de entrada*, el *trayecto del proyectil* y la *apertura de salida*, cuestiones que tratan ó estudian, el médico para determinar los destrozos causados por la bala; y para el médico forense

saber si el proyectil ha sido grande ó chico, si se ha disparado el arma á quema ropa ó á distancia y cual es el agujero de entrada y cual el de salida.

¿Los peritos podían determinar la distancia á que se ha hecho el tiro? Pueden hacerlo, aunque no muy bien. Lo que si se puede precisar es si el tiro ha sido á boca de jarro, entendiéndose por tal el disparado tan cerca que pueda quemar las ropas. En estos disparos á quemar ropa obran los agentes siguientes: 1.º la fuerza expansiva; 2.º los gases; 3.º la pólvora que no arde; y 4.º la llama. Por esto, se puede distinguir el tiro á boca de jarro de la distancia: en el primero, se encontrarán vestigios de los cuatro agentes anunciados, mientras que en el segundo, solo se verá el agujero del proyectil. En el á boca de jarro, los granos de pólvora empujaron la piel y se incrustan en ella, produciendo un verdadero tatuaje, tatuaje que persiste por ser insoluble el carbón que contiene la pólvora; encontrándose además una mancha rodeando la herida y la cual es producida por los gases que se han desarrollado y tiznado la piel al enfriarse, mancha que puede sacarse fácilmente, ya por el frotamiento ó por el lavado; y por último, se podrían hallar cabellos ó ropas quemadas debido á la llama.

Los vestidos pueden modificar en algo la forma del agujero, sin que ellos impidan, sin embargo, que á través de ellos pasen los granos de pólvora que no se han quemado en el tiro á quema ropa.

El estudio de las ropas del herido es importante tratándose de heridas en general por las modificaciones que producen. Puede darse el caso, p. ej. de que una arma blanca haya atravesado las ropas de tal modo que no coincidan en la dirección la del saco con la del chaleco, por haber sido inferida paralelamente al cuerpo y resbalado. Dado el caso práctico, la herida del saco estaría más atrás que la del chaleco. Se citó en clase el caso siguiente: se hirió á una persona en el estómago y el diagnóstico era dudoso; unos opinaban que se trataba de algo muy grave, mientras el Dr. Regules sostuvo lo contrario, corroborándose esta última opinión con el examen de las ropas, que indicaban que la herida no podía ser profunda por haber estado el arma muy inclinada, siguiendo una dirección casi paralela al cuerpo; la herida del saco y la del chaleco no coincidían.

Las heridas por armas de fuego desgarran las ropas. Sin embargo, es un caso muy curioso en las heridas de esta clase el hecho de que se puede encontrar una herida sin que se desgarran las ropas y sin la presencia del proyectil. Esto puede suceder cuando viene el proyectil con poca fuerza y, sin romper los vestidos, pega contra la ropa, produciendo una herida. La ropa entra en la herida y con ella la bala y al desnudarse el herido cae la bala al suelo, no quedando vestigio alguno en los vestidos; pudiendo esto último engañar, pues podría hacer suponer que ha sido vestido después de herido. La explicación, como ya se ha dicho, está en la poca fuerza del proyectil que no le permitió traspasarse el paño.

Con un solo proyectil puede haber varias

heridas ó sea varios agujeros de entrada y salida. Y esto se explica así: una bala que atraviesa, p. ej., la parte blanda de un brazo, sin interesar al hueso, pasa por el tórax, saliendo de él y perforando el otro brazo; y así, se tienen de esta manera seis agujeros con un solo proyectil, tres de entrada y tres de salida.

¿Se puede determinar cuál es el agujero de entrada? Cuando el disparo se ha hecho á distancia, el agujero de entrada no tiene caracteres distintivos, no tiene cualidades precisas. Sin embargo, se creyó en otros tiempos y fué sostenido por Devergíe y otros, que el orificio de entrada era más pequeño que el de salida, teniendo sus bordes para adentro; pero se ha comprobado que esto no es cierto, pues puede haber orificios de entrada iguales y aún más grandes que los de salida, y los bordes tenerlos hacia afuera.

José FERRANDO Y OLAONDO.

(Continuará.)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

CURSO EXPOSITIVO DE PSICOLOGÍA ELEMENTAL POR CARLOS VAZ FERREIRA, CATEDRÁTICO DE 1.º AÑO DE FILOSOFÍA EN LA UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO. MONTEVIDEO, IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALCHE Y REYES, 1897. 1 vol. en 8.º, tela.

El inteligente bachiller Carlos Vaz Ferreira ha publicado últimamente una obra filosófica destinada á servir de texto en la Universidad en el aula de primer año de Filosofía.

Intitúlase el libro *Curso expositivo de psicología elemental*, y estudia en general cada función psíquica, en cinco partes: *introspectiva, fisiológica, teorías y problemas, experimental y psicología morbida*. Sigue en ello un plan, si no natural, por que todas esas partes se completan unas á otras, cuando menos ventajoso por su uniformidad y sencillez.

El libro del señor Vaz Ferreira no es obra de polémica, ni de soluciones radicales: es un texto de exposición imparcial, en que se ha eliminado sistemáticamente toda opinión personal y en que se expone un resumen de las doctrinas, libre de exclusivismos de secta.

«Las ciencias filosóficas tienen, en efecto, dice el autor, un carácter especial y propio, debido al cual esa tolerancia y esa imparcialidad se imponen, en su enseñanza, mucho más imperiosamente aún que en la de todas las otras ciencias. En primer lugar, los problemas que discuten las ciencias filosóficas son los más importantes; en segundo lugar, son los más difíciles de todos. De aquí que la responsabilidad del profesor, que puede, debido á la importancia de los problemas, ejercer, al resolverlos, sobre sus discípulos, una influencia de inmensas consecuencias teóricas y prácticas, y que puede también, debido á la dificultad de los problemas, hacer pesar en el debate, más eficazmente que en cualquier otro curso, sus conocimientos y sus experiencias; de aquí que la responsabilidad del profesor sea in-

finitamente más grande en la enseñanza de estas ciencias; y si se tiene en cuenta la gran parte que ocupa en ellas la controversia, la incertidumbre de casi todas las teorías, la facilidad con que seducen á veces doctrinas destinadas á caer pronto en el mayor descrédito, nadie, seguramente, se sentirá inclinado á hacer predominar, precisamente en estos debates, las miras estrechas y las soluciones unilaterales.

«No es, sin embargo, ese espíritu de imparcialidad, el que predomina en las cátedras, y menos aún en las obras de enseñanza. Si se comparan estas últimas con las obras fundamentales de exposición ó de polémica, se observan entre unas y otras, aun cuando el mismo autor las haya escrito, un contraste notable. En tanto que, cuando expone ó defiende una teoría, cada escritor guarda generalmente consideraciones á las teorías opuestas, y respeta todas las opiniones presentando las suyas con restricciones y salvedades, y mostrando siempre esa moderación tolerante que tiende á generalizarse más y más cada día en las discusiones, para mayor bien de la ciencia, si ese escritor es autor de un texto de enseñanza todo cambia: las teorías que él consideraba verdaderas no son ya simples opiniones, más ó menos verosímiles ó aceptables, sino conclusiones absolutamente indiscutibles; las teorías distintas, crasos errores ó sofismas peligrosísimos, cuyas consecuencias debe evitar cuidadosamente la juventud; en una palabra, la Filosofía (la ciencia filosófica de que se trate) se presenta, en esta clase de obras, como un conjunto de verdades definitivas y de axiomas irrefutables, aun para los mismos que, en las de otra naturaleza, no se hacen notar por sus tendencias sectarias y exclusivas.»

FRANCISCO MOSTAJO. — EL MODERNISMO Y EL AMERICANISMO. — AREQUIPA. IMPRENTA DE «LA REVISTA DEL SUR». 1896.

El señor Francisco Mostajo, escritor y poeta de la nueva generación peruana, cuyos fáciles y elegantes versos han lucido en las páginas de las mejores publicaciones literarias del Continente, nos favorece con un ejemplar del opúsculo en que ha editado su disertación relativa á *El Modernismo y el Americanismo*, en cuanto tendencias literarias, leída há poco tiempo en la Universidad de Arequipa.

El joven escritor establece las diferencias que en su concepto separan al *modernismo* bien entendido, del *decadentismo*, y sostiene la legitimidad y oportunidad del primero.

En cuanto á la originalidad americana en literatura, su opinión es que no puede aspirarse á ella si se la entiende de un modo absoluto y radical, pero sí con relación á ciertos elementos de la producción literaria.

El bien escrito trabajo del literato peruano merece ser leído, tanto por la solidez de la doctrina que lo informa como por la facilidad y elegancia del estilo.

Véase un fragmento del opúsculo:

«No faltan algunos, como Galofre, para quienes decir modernista es lo mismo que decir decadente, enfermo, degenerado. Los que tal hacen confunden lastimosamente

términos muy distintos. El modernismo no es una decadencia, sino una reforma. No trae el virus de la descomposición, sino el germen de las innovaciones. El decadentismo, por el contrario, no es sino la caduca escuela romántica reaccionando, bajo nueva forma, contra los golpes brutales de Zola. Aquello es algo que nace con frescura de flor y vitalidades de savia; esto es algo que muere con agonía gloriosa, como soberbio rompimiento de luz. Ambos son dos astros: el uno con las luminosidades de oriente, el otro con las fulguraciones de ocaso.

«Es cierto que el modernismo ha nacido del decadentismo. A veces el absurdo y el error son los primeros peldaños para llegar á lo justo y á la verdad.

«La perla brota del molusco herido y Venus nace de la amarga espuma.»

«El nuevo sistema ha tomado, pues, mucho de su precursor, pero siempre purificando lo ajeno en su maravilloso crisol de mago. Al atravesar el alcázar de Mallarmé y Verlaine no podía menos de adherirse partículas brillantes de sol y de iris. Recogió, cuidadoso, para sí los hilos de oro de la túnica destrozada y olvidó, en el rincón de lo obscuro, los oropeles huecos y bulliciosos.

«Los que incurren en la confusión anterior acusan al modernismo de revestirse, á menudo, con el ropaje churrigueresco de Góngora. Basta tener en cuenta las distinciones anteriores para que el cargo quede desvanecido. A los decadentistas sí se les puede tildar de culteranos. Reaccionarios como son (fueron, estaría mejor dicho) se enfedan con frecuencia en la inestricable maraña de las exageraciones. Por eso alguien ha sintetizado su credo en estas palabras: «la extravagancia elevada á principio» y Max Nordau, el terrible crítico germano, los ha encerrado en un curioso manicomio, en cuyo frontón ha puesto esta amarga leyenda: DEGENERESCEN. Ellos son al modernismo lo que los gongoristas á Herrera. Y creo que nadie se atreverá á confundir el lenguaje magnífico del *Águila de Sevilla* con el ampuloso y ridículo del canónigo Fuster, por ejemplo.

«No negaré que el sistema literario que defiendo adolece de cierto artificio; mas debe tenerse presente que él corresponde quizás al estado especial de los espíritus, tan profundamente agitados en la laberíntica vida moderna, espíritus en zig-zag, que tienen pliegues y repliegues, como dice el *Duque Job*.

«A tal artificio no puede tacharse de culteranismo. Mientras éste resulta del afán de crear un lenguaje poético peculiar, sacrificando, si es preciso para ello, la claridad de las ideas, aquél se origina de la aspiración á dar relieve al pensamiento, á expresarlo con energía y fuerza. Y por último, ¿el gongorismo es malo en absoluto? En tanto que no degenera en ridículo, creo que no. Si las manos que lo manejan son las delicadas y hábiles de un artista verdadero, será un elemento poético; pero si son las lerdas de un escribidor mediocre, será el gabarito más grotesco que se pueda concebir. En Calderón, por ejemplo, abundan las exóticas flores culteranas, y sin embargo, no siempre

repugnan Góngora mismo tiene chispazos de acierto. Su alma de poeta, que nadie le niega, flota á veces sobre las aguas carnavalescas del abigarramiento. Lo contrario pasa con Trillo y Figueroa, Villamediana, Paravicino, y demás secuaces: no pueden desprenderse de su vestimenta de juglares. «No todos los espíritus—escribe Revilla—son aptos para mantener en sus justos límites las innovaciones, ni á todos les es dado deducir, sin extraviarlas, sus naturales consecuencias. Los caminos poco explorados son siempre peligrosos, sobre todo cuando los que entran por ellos no tienen todo el genio necesario para poder salvar los obstáculos que puedan presentárseles. Aun los mismos que los recorren iluminados por la antorcha del verdadero genio, suelen á veces extrañarse.»

MARCO NEREO—SANGRE Y ORO (EL PRESIDIO DE SIERRA CHICA.—SEGUNDA EDICIÓN.—BUENOS AIRES, ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE «LA AGRICULTURA». 1897.

El señor Alberto Ghirardo, conocido escritor argentino que usa el pseudónimo de *Marco Nereo*, ha coleccionado en un elegante opúsculo los artículos que publicó en *La Nación* de Buenos Aires, de cuya Redacción forma parte, sobre las impresiones de su visita al «Presidio de Sierra Chica».

El magistrado argentino Dr. Luis J. Navarro sugirió al aventajado escritor la idea de realizar un viaje á Sierra Chica, donde «se encuentran los bandidos más bandidos de toda la República; los salteadores de caminos y de propiedades, como se les llama, que han asolado á la provincia en épocas pasadas, y de cuya infausta memoria quedará el recuerdo perdurable en toda la pampa argentina; los perseguidos del crimen, prototipos todos dignos de estudio y observación».

El desempeño que el señor Ghirardo ha dado á tema tan interesante como es el del relato de sus impresiones y la descripción de los curiosos tipos de criminalidad que encierra aquel Presidio, es digno de los antecedentes de amenidad y discreción de la pluma del señor Ghirardo.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Hemos recibido por primera vez las siguientes:

La Gran Revista. Lima. El reputado poeta José S. Chocano, que dirigió la conocida publicación literaria *La Neblina*, ha fundado en sustitución de ella la nueva revista de que acusamos recibo, en cuya redacción le acompaña el joven escritor Octavio Espinosa G.

La actividad literaria de la nueva generación peruana tiene un órgano autorizado en esta excelente revista.

Revista Militar. Cuzco (Perú). Interesante publicación consagrada á los tópicos relacionados con su título.

La Bandera Nacional. Cartagena (Colombia). Periódico semanal que dirige el señor Julio Vélez del Río. Sostiene la candidatura de Miguel Antonio Caro á la presidencia de la república colombiana.

La Prensa. Florida. Bajo la dirección del señor Alfonso Acosta y Lara, ha aparecido este periódico político y de intereses generales, cuyo atento saludo retribuímos.

La Paz. San José. Nueva y estimable publicación que dirige nuestro colaborador Otto Miguel Cione. Su título concreta la más vehemente de las aspiraciones del espíritu público en estos momentos; lo que contribuye á que recibamos con simpatía y aplauso su aparición.

La Tarde. (Santiago de Chile). Importante y conceptuado diario chileno. Da á luz semanalmente una interesante edición literaria con el título de *Los Lunes de «La Tarde»*.

La Unión. (Valparaíso). Otro de los órganos de publicidad más antiguos y prestigiosos de la prensa chilena.

SUETOS

El señor David Marambio Catán, director de la «Enclopedia Militar» argentina, y subdirector de la «Revista Militar», acreditada publicación bonaerense, ha iniciado una obra de verdadera importancia que, por responder á una necesidad ha tiempo sentida en Sud-América, está destinada á un éxito brillante.

Se trata de un *Diccionario Biográfico Sudamericano*, que el señor Catán publicará bajo su dirección y con el eficaz concurso de muchos de los más notables hombres de letras del Continente.

El plan del Diccionario se limita á la biografía de los contemporáneos; pues su Director opina con razón, que es la vida actual de nuestros pueblos la que más se necesita hacer conocer con exactitud, ya que para estudiar los hechos y personalidades de épocas pasadas no escasean tanto las fuentes de información y las obras de consulta.

Tomando como modelo las publicaciones europeas similares, el «Diccionario» procurará conciliar, en sus noticias biográficas, la concisión con la exactitud y la riqueza de datos interesantes, y se abstendrá en absoluto de toda apreciación política en el relato de los hechos que con la política tengan relación.

Excelentes retratos fototípicos ilustrarán la obra, cuyos editores y propietarios son los señores H. Lacquaniti y Compañía.

Auguramos el más favorable resultado á tan laudable empresa, y la recomendamos á la atención de cuantos tengan interés en el estudio de la literatura y la historia de la América actual.

He aquí lo que escribe Enrique Gómez Carrillo, en correspondencia dirigida á un periódico venezolano, sobre un joven poeta francés cuyas composiciones constituyen una de las notas dominantes en la actualidad literaria parisiense:

«Á Edmundo Rostand nadie le había oído nombrar hace un año. Y sin embargo, Edmundo Rostand había ya publicado en 1890 sus *Musardises* y escrito sus *Romanesques*. Hoy, en cambio, es el gran señor,

el vate de la aristocracia, el artista cuya lira aparece ante la imaginación de París, blasonaba con tres lises de oro en campo de azul. Entre el autor desconocido y el autor célebre, no hay sino un soneto de diferencia, un soneto admirable, pero no más admirable que los mil sonetos anteriores, un soneto que fué recitado por el poeta mismo un día de gozo popular y que, en cinco minutos, le llevó del olvido á la Gloria.

«La vida de Edmundo Rostand es una de las pocas vidas literarias envidiables, no por su fama actual, sino por la labor modesta de los años pasados en la penumbra tibia del trabajo discreto.

«*Musardises* canta, lo mismo que el divino *Intermezzo* de Heine, los sentimientos fugaces del amor, las dulces torturas del desecho, la malicia de las pupilas enamoradas, el encanto de los labios en flor,—de unos mismos labios y de una mismas pupilas: las de la novia pálida y sensitiva. En nuestra época ese libro es un anacronismo. Un volumen entero de canciones tiernas, resulta casi incomprendible para nuestro siglo de grandes exposiciones, de grandes vanidades y de grandes fiebres. Más aún: es una obra ridícula. . . ¡Ridícula y encantadora, en todo caso, como los jardines soñados por Verlaine!

«Dos estrofas, muy cortas y muy sencillas, os harán saborear toda la gracia de Edmundo Rostand:

» Et je te dis: mon Dieu, chérie,
Je ne sais pas ce que j'ai fait
Pour mériter la gronderie. . .
Mais gronde moi, si ça te plaît.

» Gronde moi: je veu bien me taire
Et t'éconter jusqu'á demain
Mais laisse moi m'asseoir par terre
Et prendre ton pie dans ma main. »

Han reproducido en Chile el artículo que nuestro co-redactor Carlos Martínez Vigil publicó en esta *Revista* relativamente á nuestras relaciones con aquel país y á la personalidad del español Valbuena, las importantes publicaciones siguientes: «La Libertad Electoral» y «Los Lunes de *La Tarde*» de Santiago, «La Unión» de Valparaíso y «La Esmeralda» de Coronel.

También ha merecido los honores de la reproducción en nuestro país por parte de los diarios y periódicos que á continuación se citan:

«El Siglo», «La Tribuna Popular», «El Día», y «Los Debates» de esta capital, y «La Campaña» de Fray Bentos.

La *Revista Nacional* exornará las columnas de su número próximo con la notable carta-contestación que dirige al doctor Martínez Vigil el conocido literato y filólogo chileno señor Fidelis P. del Solar.

El último correo de Venezuela nos trae la triste noticia del fallecimiento del notable literato de aquella República José Antonio Calcaño, perteneciente á una familia ilustre en los anales de la literatura venezolana.